

Yanina Rosenberg

La piel intrusa

LA PIEL INTRUSA

YANINA ROSENBERG



Yanina Rosenberg, *La piel intrusa*
Primera edición digital: febrero de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-638-2

© Yanina Rosenberg, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L.,
2019

Colección Voces / Literatura 273

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

El presente libro, presentado con el título *Los afueras*, mereció el segundo premio del Concurso Fundación El Libro del año 2017 para libro de cuentos. El jurado estuvo compuesto por Abelardo Castillo, Pablo De Santis, Daniel Divinsky, Antonio Skármeta y Luisa Valenzuela y subrayó «el sutil erotismo y el cuidadoso acercamiento a lo fantástico y, en algún caso, a la ciencia ficción».

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*A Diego, Simón y Fiona.
A Berta y José*

SEPTIEMBRE EN LA PIEL

Un aire a pasto mojado inundaba la habitación. Me di vuelta, estiré las piernas en busca del calor de Guapi, su piel suave, sus tetas acampanadas y calientes, pero encontré la punta filosa ¿de una astilla? que se clavó en mi abdomen, cerca del calzoncillo. Corrí las sábanas para destaparme, extendí un brazo para encender el velador: una espina, del largo de una aguja hipodérmica, estaba dolorosamente incrustada en mí. La sostuve con la pinza del índice y el pulgar, y después, con cuidado, tiré hacia afuera. Un punto de sangre engordó hasta reventar y extenderse por mi piel. Me limpié con los dedos y por un momento mantuve la mano sobre la herida, apretando con fuerza. Guapi, mi amor, dije, y para destaparla sacudí las sábanas con las piernas. Me quedé con la vista fija en ella, los ojos achinados para ver mejor, las palabras estancadas en la garganta: por la cara, el cuello, los brazos, el pecho, a Guapi le bajaba una sombra verdosa que, en las piernas, tenía la consistencia de una alfombra de pelo recortado. Me incliné hacia ella y la toqué con un dedo: áspera, esponjosa, húmeda. La toqué con la mano entera. Guapi, dije, pero ella seguía sin despertar; los brotes ¿de pasto? se erguían en su pecho con cada respiración. Guapi, Guapi, la sacudí hasta que al fin entreabrió los ojos. ¿Estás bien? Ella, los párpados todavía tironeados por el sueño, no conseguía volver a la realidad. Mirate, mira cómo estás, le dije, pero ella me gruñó con cara de rottweiler y volvió a cerrar los ojos, las manos tanteando en busca de las sábanas. No, mirate, dije y le llevé un brazo a la altura de su cara; le palmeé una mejilla con su mano inerte, y recién entonces volvió a abrir los ojos, de malhumor pero ya despierta. Se miró. Se miraba y parpadeaba en un esfuerzo por hacer foco, por desempañar la vista, por sacarse de encima los restos de sueño. Giraba la mano con una fascinación algo infantil hasta que de un envión, esforzado pero ágil, se incorporó, como quien de pronto entiende

algo. Sentada y con ojos de animé no dejaba de mirarse. Con la yema de los dedos se acariciaba, peinaba las hojitas en una y otra dirección. Mantenía los labios entreabiertos en una mueca ¿asombrada, divertida? que, de un momento a otro, al darse cuenta de mi desconcierto, empujó hacia la vergüenza. No, mi amor, si estás hermosa, le dije sin saber bien qué decir mientras ella se rascaba el pasto alrededor del ombligo. Por cómo se rascaba, estaba claro que no me creía una sola palabra.

La familia de Guapi, al enterarse, nos trajo toda clase de regalos: regaderas, aireadores, palas, tijeras suizas, rastrillos graduables y hasta dos pares de guantes de algodón y puntilla, uno con estampado de lirios celestes y el otro de rositas rococó. La madre parecía especialmente encantada con la noticia: una bendición del cielo, decía mientras apoyaba con cuidado sus pies descalzos en las piernas de su hija, una bendición que, sin duda, esperaba desde hacía tiempo. Y con la excusa de cuidarla, poco menos que se instaló en casa. La bañaba cuatro o cinco veces al día, una ducha tibia y suave, y no la dejaba hacer sus tareas de siempre, como baldear la cocina, colgar la ropa o levantar cosas pesadas. Además, pasaba horas emparejándole el pasto debajo de las axilas y alrededor de los pezones, y con paciencia infinita le sacaba una por una las malas hierbas que se le encarnaban en la ingle.

Mi mamá, en cambio... Desde un principio dejó en claro que no estaba contenta con lo de Guapi. Apenas venía a visitarnos, y cuando venía, porque yo la llamaba y le ponía alguna excusa como que tenía ganas de comer sus varenikes, apenas se dignaba a hablar. Sentada en el sillón, respondía a todo con monosílabos. ¿Hace frío afuera? Sí. ¿Papá se siente mejor? Sí. ¿Preferís café o cortado? Sí. Estaba clarísimo que Guapi nunca le había caído bien, un caramelo ácido de esos que no pueden chuparse sin cara de asco.

Todavía no puedo identificar el momento exacto en que empezamos a hacer las cosas mal, si es que hicimos, o hice, algo mal. Tampoco entiendo qué pudo haber pasado. Porque después del shock, de la sorpresa, todo había vuelto a la normalidad, y hasta parecía mejor que antes. Con Guapi habíamos empezado a buscar una casa más grande para mudarnos, con jardín o patio andaluz, y aunque ninguna de las que nos gustaban se acercaba a nuestro presupuesto, ella todavía se mostraba radiante, feliz, de buen humor las veinticuatro horas, orgullosa de su nueva condición, como si hubiera sido alguna clase de elegida, el punto de inflexión hacia el progreso de una nueva humanidad o algo así.

Incluso le habían brotado en los hombros unas margaritas que tenían un brillo especial.

Lo cierto es que no sé cómo, de un día para el otro, Guapi empezó a pudrirse. Sus hojas se pusieron primero amarillas y después pasaron a un marrón irreversible. Empezó a llenarse de parásitos y a largar un olor insoportable, que nos hizo olvidar cómo era el olor a pasto húmedo de sus primeros brotes. Probamos regarla cada cinco minutos, y también no regarla durante semanas; probamos con urea y con distintas proporciones de fósforo, nitrógeno y potasio; probamos con fertilizantes líquidos y sólidos, de liberación controlada y con Weed and Feed; compramos mezclas orgánicas e inorgánicas traídas de Tánger y de Moscú, y también distintas marcas de anticonceptivos orales que ella se negaba a tomar, pero que su madre le disolvía en el agua o le aplastaba entre la resaca. También probamos con ácido acético y jugo de limón, pero nada. Guapi seguía empeorando, y ya no sabíamos qué más hacer.

Una tarde llegué a casa y la encontré sola, sentada en el balcón. Estaba cubierta por una pelusa blanca, ¿de hongos, de moho?, que parecía la tela de una araña gigante; mantenía la cabeza inclinada entre los barrotes de la reja, la vista perdida en alguna expectativa lejana. Mi amor, llegué, le dije, pero ella ni se levantó ni giró para saludarme. ¿Cómo habíamos llegado a eso? ¿Cómo fue que, de un día para el otro, Guapi y yo habíamos dejado hasta de saludarnos? Me acerqué y la besé en la frente. Estaba húmeda y pegajosa, pero rígida. Inclinó apenas la cabeza hacia atrás, y me pareció que pretendía esquivarme, que su boca se torcía en un gesto de reproche y desprecio a la vez. Las hojas resacas de sus margaritas se desprendieron cansadas, vencidas.

No fue fácil cargarla por la calle en medio de la noche, caminar en el frío las dos cuadras hacia la plaza, sentir sus ojos negros que brillaban en la oscuridad mientras veían cavar. Tampoco fue fácil hundir la pala en la tierra, remover las durezas, doblarle las piernas y juntarle los brazos para que no tuviera frío, para que estuviera cómoda, para que volviera a ser quien era, para que al fin pudiera ser feliz. No sé si lo habré hecho bien o mal. Quizás no la cubrí lo suficiente, o quizás la cubrí demasiado y ya nunca florezca. Quizás ya no quiera, o no esté destinada a florecer. Yo, que la sigo queriendo tanto, me siento a esperar en el banco de la plaza, frente a ella. Le tiro los pellets de fertilizante, camuflados en migas de pan que simulo arrojar a las palomas, y

espero, tan solo espero.

MARIPOSAS EN LA PARED

Lena pasa las hojas de la agenda hasta llegar al índice telefónico. La letra Efe. Todavía en déshabillé y con las mejillas húmedas de tanto llorar, repasa el número que, si bien sabe de memoria, hace casi dos meses no marca. ¿Y si no la atiende? ¿Y si no le quiere hablar? ¿Y si ya nunca más quiere hablarle? Si no quiere hablarme, nada, que se joda, porque igual no le importaría ocuparse ella sola de todo: si hay que juntar los materiales, los junta; si hay que falsificar su firma, la falsifica. No, así no puede seguir. No puedo, piensa mientras marca el número y empieza a escuchar que el teléfono llama. Lo más probable es que él no la atienda, que no quiera atenderla como tantas otras veces, y ella deba volver a marcar. No, hoy me va a atender, se dice Lena con la mirada fija en una mariposa de humedad en la pared; hoy me va a escuchar como nunca en estos ocho años; sí, hoy me va a escuchar; no, inclina la cabeza a un lado y a otro, no es una mariposa, es solo otra mancha de humedad.

Nadie la atiende. Lena corta y vuelve a marcar de un tirón los diez números que, después de una mínima espera, la llevan directo a la voz de Fabián.

—¿Fabián?

—¿Lena? —en Fabián hay sorpresa, como si lo hubiese llamado un viejo compañero de colegio con el que no habla desde hace siglos—, ¿sos vos? ¿Pasó algo?

Con un gesto de triunfo, Lena vuelve a mirar la mariposa en la pared.

—Tenemos que hablar.

Un instante de silencio, seguido de un largo suspiro, arrastra a Lena hacia un oscuro rincón clausurado hace tiempo, un cine donde los recuerdos saltan en la pantalla: los sábados en el hotel abandonado, el olor a porro, el humo, el

sillón capitoné, los dedos tibios entre los pochoclos, el Evatest positivo, las manzanas a medianoche, el cuerpito calentito de Maya, sus primeras palabras, sus primeros pasos.

—Ahora no, estoy manejando, llamame en un rato.

No quiero llamarte en un rato, piensa Lena, estoy harta de llamarte en un rato, ¿por qué siempre tenemos que hablar en un rato? ¿Por qué hay que hacer todo a tu ritmo, por qué el mundo siempre tiene que girar a tu alrededor?

—No, no me cortes, esperá... —entre ellos se abre un silencio incómodo, una grieta que ninguno de los dos se atreve a rellenar— es por Maya...

—¿Qué pasa con Maya?

—Ya sé qué hacer con ella.

—¿Hacer con ella?

Lena aparta de la mesa una silla y se sienta.

—Es una clínica en Cinco Saltos, ellos se ocupan de todo, hasta de los estudios previos, del papeleo... nosotros no tenemos que hacer nada, solo firmar y después... después nada, esperar.

—¿Clínica, papeles? ¿De qué hablás, Lena? ¿Pasó algo con Maya?

—Lo de siempre, Fabián.

Un bocinazo de fondo; una histriónica frenada de goma sobre el asfalto.

—Lena, hablemos más tarde, tengo que...

—No, no me cortes.

Algo en la voz de Lena suena débil, como si las palabras fueran tornillos flojos que, aunque no encajan del todo, quedan atrapados en la pared.

—Esperá, estaciono y te llamo.

—No —Lena se levanta de la silla, me vas a escuchar ahora—, escuchame, es importante. Yo... mirá, yo creo que es lo mejor. Ella no... ella sigue y sigue, y llega un momento en que, te juro, Fabián, te juro que lo intento, pero ella, se ve que conmigo ella no...

—¿Pasó algo? ¿Qué pasó?

—... no puedo más, te juro, es que no sé, mirá que yo intento...

De afuera llega un nuevo concierto de bocinas, y un grito de poné las balizas, pelotudo.

—¿Me dejás que estacione y te llamo?

—¿Sabés lo que me hizo el otro día? Yo estaba hirviendo un poco de arroz

y ella se apareció con tu soldador de estaño, que no sé de dónde lo sacó, ni por qué todavía sigue acá, y cuando le dije que fuera a guardarlo, que no lo tocara, porque no hay que tocar las cosas que no son de uno, ella me dijo que no quería y que no iba a dejarlo solo porque yo...

—¿Para esto me llamas, Lena? Estoy manejando, ¿no podés arreglarlo sola?

Lena, que está dando vueltas a la mesa de la cocina, se detiene de golpe. Gira la cabeza y fija la vista en la mariposa; despacio, algo le llama poderosamente la atención. Se acerca y empieza a pasar el índice por las alas, las acaricia como si quisiera darles algo de color.

—Mirá, Fabián, ya sé que nosotros... que vos y yo... ya sé que ya está, pero yo... con ella es distinto, es nuestra hija, no puedo no intentarlo, ¿entendés?

—Sí, entiendo, entiendo que seguís igual de chiflada que siempre — Fabián produce un ruido insólito, mezcla de suspiro y carcajada.

Lena recuerda ese verano en Cariló, los dos solos, partidos de truco, milanesas humanas en la arena y los médanos, la espuma del mar encogiéndose en la orilla, las burbujas de las almejas entre los dedos de los pies, y el sol, el sol que entraba en la piel con fuerza, y ella al sacarse el corpiño de la bikini para correr por toda la playa.

—Fabián, yo... en serio, quiero hacer las cosas bien, nada más. Hay algo, algo debemos haber hecho mal, si no no se entiende cómo ella... no se explica que una hija odie así a su madre, no puede ser... —Lena aparta la mano de la pared para exprimirse la frente y llorar— pero yo quiero intentarlo, empezar de nuevo, hacer las cosas...

—Lena...

—... si en lugar de mamadera, no sé, si yo no le hubiera sacado el chupete a los seis, o si por las noches la hubiera dejado llorar más tiempo, no sé, la llenamos demasiado, tantos juguetes, tantos regalos de cumpleaños... Si en el colegio es una santa, y con vos antes era... ¿por qué con vos, con mi mamá, con todo el mundo es otra persona, y conmigo...?

—¿Y por qué mejor no hablás con ella, Lena? Hablando la gente se entiende, y estoy seguro de que ella te va a entender.

—¿Ella, entenderme a mí? Soy yo la que tiene que entenderla, si no me puede ni ver, ¿yo qué tengo que entender? ¿Que no me quiere? ¿Que es capaz

de esconderse en el placard durante horas para que yo crea que se fue de casa o que se cayó por el balcón? ¿Que no quiera que yo vaya a los actos escolares, que prefiera sacarse fotos con las mamás de sus compañeritas? O como esa vez que le dije a la maestra de música que era linda como una princesa y que quería irse a vivir con ella, porque lo que tenía en su casa era una bruja que la encerraba en el horno y no le daba nunca de comer, ¿qué tengo que entender? ¿Eso tengo que entender?

Un bocinazo seguido de un largo resoplido de resignación.

—¿Querés que yo hable con ella?

—Una firma nada más, y después del resto me ocupo yo; es simple, Fabián, en serio, en la clínica se ocupan de todo. Sacan el núcleo de un óvulo y lo reemplazan por el núcleo de una célula de Maya y... una célula, Fabián, nada, una célula; con un pelo, un pedazo de uña, un diente de leche y listo, ellos hacen lo que hacen, y además... ¿vos hablar con ella? Ni se te ocurra.

—Dejo unos papeles en la oficina y voy para tu casa.

Tu casa, piensa Lena y gira para sacar con la vista una panorámica de la cocina y volver a detenerse en la mariposa de la pared. ¿Cuándo fue que nuestra casa pasó a ser solo mía? ¿Ahora resulta que esta mierda es toda mía?

—No, ¿sabés qué? Mejor no vengas, dejá que yo me ocupo de todo.

Lena acerca la nariz a la mariposa y después apoya los labios para, con precisión de madre, tomar la temperatura de la pared.

—¿De qué te vas a ocupar, Lena? No entiendo...

Lena aparta los labios de la pared, y con las uñas empieza a raspar las burbujas de pintura inflada.

—Es que no hay otra opción, es eso o ya sabés, ¿preferís ya sabés?

—Lena, te lo pido por favor, qué decís...

—Por favor, nada, Fabián, ¿qué me vas a decir ahora, que ya va a crecer, que ya va a cambiar? No, Fabián, ya está, ¿entendés? Si a esta edad me trata así, ¿qué va a hacer cuando sea más grande? Esto es como la leche, cuando se corta, se corta, si la leche está vencida, ya está.

—Qué decís, Lena...

—Te juro que no te voy a molestar, que no pienso pedirte nada de nada, no quiero nada, ni que me ayudes, ni plata, ni nada, ya está, voy a empezar de cero yo solita, y estoy segura de que...

—No hagas nada, Lena, escuchame, no hagas nada hasta que yo llegue, ¿me escuchás?

—... igualita a la de ahora pero mejor, porque con la experiencia una ya sabe y...

—Estoy cerca, Lena, en diez minutos estoy ahí.

—No, olvidate, Fabián, olvidate de lo que te dije, hacé de cuenta que no te llamé.

—Lena, por favor...

—Dejá, Fabián, dejá que yo me ocupo de todo como siempre, andá, chau, seguí tu vida.

—Esperá, Lena, no me cortes...

Lena corta y da unos pasos hacia atrás; mira la pared y piensa en lo lindo que quedaría un empapelado de mariposas para su nueva Maya.

COMO SE DEBE

Nahiar toca el timbre y, mientras espera que le respondan, abre y cierra la boca varias veces como para sonarse los huesos de la mandíbula. El edificio, pintura descascarada aunque limpio a juzgar por el brillo de los mosaicos, da la impresión de estar ocupado solo por consultorios y oficinas comerciales; el hall está libre de plantas, cuadros o cualquier detalle capaz de contar alguna historia. No hace frío, pero repentinos golpes de viento quieren desarmar el flequillo de Nahiar, a quien en todo caso no parece importarle; con la mirada estéril mueve la cabeza a un lado y a otro hasta que un pring automático le abre la puerta y la invita a pasar.

Un olor a sahumero de años estrellado inunda el departamento, que mantiene un microclima cálido y relajante. Incluso Nahiar, sentada en una silla de rattán con la música funcional acariciándole el pelo, llega a relajarse mientras espera que sea su turno. Con los ojos cerrados piensa en las mellizas, en que prometió comprarles chocolates, chupetines de chocolate o chocolate en rama, cuando una voz áspera la sobresalta:

—Adelante, por favor.

El licenciado, perfume Colbert Noir y trabajados músculos que se adivinan debajo del ambo azul, se adentra marcha atrás en el consultorio para ceder paso a Nahiar. Al cerrar la puerta, la música, una especie de canción de cuna hebrea, queda en la sala de espera, del otro lado. Mientras Nahiar cuelga su sacón en el perchero junto al escritorio, el licenciado acomoda dos rectángulos de carilina sobre el apoyacabezas, y después palmea en la camilla un:

—Boca abajo, por favor.

Nahiar entonces se desabrocha rápido la blusa, que deja desparramada sobre el escritorio, y se recuesta. El licenciado estudia la curvatura de los

glúteos y de la espalda, el mapa de venas que deja traslucir la piel, antes de empezar a entalcar los guantes. Aunque el consultorio está bien calefaccionado, el cuero helado de la camilla hace temblar a Nahiar.

* * *

Cuando Nahiar tenía diecisiete años, el colegio al que iba, uno bilingüe en el barrio de Caballito, la becó para estudiar inglés en Londres. Un mes entero en un college de Bloomsbury, donde aprendía gramática por la mañana, mientras que por la tarde podía fotografiarse con la piedra de Rosetta en el British Museum, comprar postales de la Venus de Botticelli en la tienda de la National Gallery y probarse sacones de terciopelo en Camden Town. Dormía en una casa de familia, en el ático de un caserón estilo victoriano, con lánguidos bow-windows y pisos de madera, en el barrio de South Woodford. Joe y Amelia, los dueños de casa, tenían tres hijas: Victoria de diecisiete años, Hayley de doce y Nina de tres. Nahiar les había llevado potes de dulce de leche y alfajores Havanna, delicias que parecían gustarle solo a la más chiquita, a quien le costaba pronunciar el nombre Nahiar, y la llamaba My-bar. *My-bar, ¿me das otro redondel?*, *My-bar, ¿puedo probar tu pegamento dulce?* *My-bar, ¿jugamos a que comemos tus regalos?* Y todos reían con una complicidad de amigos que se conocen desde siempre.

Al colegio también se adaptó rápido. Las clases eran dinámicas y su profesor de grammar iv, Martin Ellis, un tipo de pelo enrulado que usaba rompevientos de neón, solía pasarles videos de *Beavis and Butt-Head* y les hacía analizar canciones de Oasis y de The Verve. Además, Nahiar se hizo inseparable de Marcia, una brasilera *muito legal* que parecía la mejor amiga de todo el mundo, y también de Geert, un holandés punk que consumía anfetaminas como si fuesen caramelos, y de José Luis, un colombiano algo pesado que cada vez que podía le cantaba algo de Luis Miguel o le recitaba poemas de Mario Rivero.

Un día en que Marcia hacía la fila en un Nana Fanny's para calmar un capricho de falafel, Nahiar se sentó a esperarla en el escalón de la vidriera. Como el frío era torturador, Nahiar cruzó la calle para comprarse un café en un local de Attendant. Había tanta variedad, espresso, long black, piccolo, extra shot, que cuando se decidió por un citrus macchiato y volvió a cruzar la

calle, Marcia ya se había ido. Nahiar corrió las dos cuadras heladas de regreso al college para buscarla, a ella, la brasilera, a Geert o a José Luis, con el vaso humeante entre las manos.

Al entrar al college, el aliento de la calefacción proponía a Nahiar una agradable sensación de sueño, y de no ser porque ella quería volver a Covent Garden a comprar un par de aros que había visto en un local de Claire's, sin duda se habría vuelto a la casa en South Woodford, a una tarde de earl grey y alfajores Havanna. Convencida de encontrar a sus amigos, cruzó el hall principal y salió al patio, donde Martin Ellis fumaba un Cohiba con los dedos azules del frío. *¿Se te ha olvidado algo?*, le preguntó Martin en un español rígido, igual de torpe que el inglés de Nahiar al responder *My friends left, they left me*. Y los dos rieron. *Adivino, adivinador*, le dijo Martin, *¿irían a Kensington Palace, o la Tate Gallery?*, mientras soplaba un humo mezcla de cigarrillo con niebla de congelador. *Covent Garden*, respondió Nahiar. Y sin pensar en las *compositions* que debía corregir, Martin dio una última pitada a su Cohiba y arrojó la colilla; le ofreció un chicle de menta y dijo: *vamos, I'll walk you*.

Martin y Nahiar pasaron la tarde en Covent Garden, con los negocios de moda, Jigsaw, Jack Wills, Ash, Papiro, los museos, British, Transport, Somerset, y patisseries tan llamativas como diversas, que pasaban junto a ellos como dibujos de un empapelado mágico. Martin le contó la historia de su vida: de chico había sufrido neumonías recurrentes que lo mantenían encerrado en casa durante todos los inviernos y por eso había aprendido a dibujar; una vez había visto a George Harrison en un pub de Liverpool; escribía poesía durante la noche; tenía una novia acróbata que, dos semanas al mes, salía de gira con un circo. Nahiar, en cambio, apenas hablaba, fascinada por la habilidad con que Martin resbalaba la ese líquida y aspiraba las haches de una manera casi musical. Cuando llegaron al Speaker's Corner en Hyde Park, donde un barbudo con un cartel amarillo que tenía escrito *The Socialist Party* decía cosas como *los dinosaurios se morderán su propia cola* y *los conservadores se comerán fritos los huevos de sus hijos*, Martin puso una mano en la cintura de Nahiar: *¿quisieras escuchar mi poetry en lugar de este bloody beardhead?* Aunque Nahiar no entendió bien lo que él quiso decirle, asintió entre risas nerviosas, y volvieron a cruzar el parque hacia la estación de Holborn. No había entendido la pregunta, pero sí la mano en la cintura.

Había entendido la parte de la poesía, pero lo de la sangre... Nahiar no entendía por qué los ingleses, para insultar, le agregaban sangre a todo con su *bloody* esto y su *bloody* aquello. Como si la sangre fuera algo que, a toda costa, los ingleses se esforzaban por evitar.

El departamento de Martin quedaba en Fitzrovia, el barrio bohemio de Londres, donde hileras de artistas callejeros se juntaban a tocar distintos estilos de música, y al caminar por ahí Nahiar tenía la sensación de estar dentro de una película, de que su vida de pronto era guionada por la banda de sonido que los músicos callejeros decidían tocar. Martin vivía en un dos ambientes en planta baja con paredes amarillentas y estantes polvorientos. En cada puerta había un rectángulo de madera con letras en hebreo: *ahí dice Shadai*, le dijo Martin adentrándose en su casa marcha atrás, *las mezuzot son for protection*. Nahiar asentía como en clase: con Martin no había un segundo en que no se aprendiera algo. Al principio algo tímida, Nahiar recorrió la casa y quedó encantada con los cómics que, dentro del portarretratos, adornaban cada rincón; algunos habían sido recortados de diarios y otros, se notaba, hechos a mano alzada; a un lado de la ventana, sobre una mesa de aluminio, había una rústica escultura de arcilla que parecía una gran campana, y un cuaderno con tapas forradas con recortes de diarios y revistas. Martin leyó sus poemas a Nahiar, y aunque a ella le costaba entender los juegos de palabras y dobles sentidos, alcanzó a deducir cosas como batallas entre imanes positivos, caricias capitalistas, cielos encapotados por el silencio y sentimientos ocultos entre palabras arrugadas. Merendaron earl grey con leche y Digestive bañadas en chocolate. Al dejar las tazas sucias en la piletta, cuando las manos encontraron la sorpresa de la mano ajena, cuando al fin exploraban la posibilidad de un beso, entró al departamento la novia acróbata de Martin.

* * *

Nahiar todavía tiembla sobre la camilla cuando el licenciado destapa una aguja y la hunde en distintos puntos de su espalda. Lunares de sangre engordan hasta convertirse en pequeños Támesis que el licenciado contiene dentro de campanas de vidrio que, como sanguijuelas, succionan por medio del vacío. El licenciado se aparta de la camilla, descarta la aguja en un tacho con bolsa roja y se saca los guantes; se acomoda en su sillón giratorio y empieza a leer las

fichas de pacientes que todavía no llegaron. Nahiar piensa en la cena, en que hoy no tiene ganas de cocinar, en que está harta de cocinar, de hacer las compras, de lavar los platos, harta de todo. Piensa en algo sencillo, algo rápido y sencillo, lasagna de berenjenas o berenjenas a la italiana, cuando suena el teléfono y el licenciado sale del consultorio, los mocasines que chasquean en un fondo arenoso; ella lo escucha preguntar quién llama y ofrecer los horarios disponibles; al fin dice está bien, hasta luego, y corta. Al volver al consultorio, al ver que una sangre negra y espesa llena casi todas las campanas, el licenciado apoya dos dedos sobre el cuello de Nahiar, le toma el pulso en una acción que termina en una caricia que de paso le acomoda el abundante pelo sobre un hombro. Por cómo a él le tiemblan las manos, está claro que algo lo pone nervioso. Aunque ella lo percibe, se mantiene quieta, conteniendo la respiración. El licenciado pregunta:

—¿Cómo estás? ¿Estás bien?

Nahiar no dice nada, solo levanta un brazo para extender el pulgar hacia arriba. El licenciado asiente con una expresión de alivio y, espoleado por su orgullo profesional, baja las manos hasta el coxis de Nahiar y tantea antes de subir, entre golpes y presiones frenéticas, por la escalera de las lumbares. Debe retirar las campanas y desinfectarlas con Espadol antes de volver a colocarlas, una por una.

* * *

El licenciado se crio en el barrio de Flores, en una casona con patio, donde los viernes, con la primera estrella, se escuchaban los rezos de un templo judío a dos casas de la suya. Aunque había sido criado como ateo, aunque no entendía lo que escuchaba, todos los viernes se sentaba en el patio a escuchar las canciones que, junto a un órgano y un trío de flautas, corrían entre las equis para explotar en las jotas de un idioma extraño.

La madre del licenciado, voluntaria en un centro de inmigrantes, organizaba campamentos, juegos y salidas recreativas para hijos de italianos, españoles y japoneses que, al llegar al país, no encontraban mejor forma de relacionarse. A veces ella los ayudaba con el idioma, les enseñaba a hablar, a hacerse entender, y también ubicaba a las familias en conventillos como la Mansión de Flores; otras veces, conseguía trabajo a los hombres en herrerías,

zapaterías y almacenes de barrio; más que nada, su tarea consistía en hacerlos sentir a gusto, en mostrarles la manera más sencilla de congeniar sus costumbres con las del nuevo país.

El licenciado, por entonces de trece años, solía acompañar a su madre al centro de inmigrantes. En especial después de haber conocido a Rayna, una polaquita de pelo largo y espeso, de piel casi transparente, que solía bajar la vista cada vez que él intentaba hablarle. Aunque al padre del licenciado mucho no le gustaba que su hijo perdiera el tiempo de esa forma, decía que esas actividades solo servían para educar lo ineducable, y que de seguir en esas bobadas, también él se volvería un bobo ineducable. El padre hubiera preferido llevarlo a las reuniones del centro de estudiantes en Agronomía, donde daba clases en la cátedra de Microbiología agrícola, donde sí se aprendían cosas de verdad.

Un viernes en que el viento silbaba insistente, el padre volvió a la casa semidesnudo, solo con su camiseta y el pantalón de corderoy, y agitado como si hubiera corrido una maratón interminable. Fue directo a la cocina, donde la madre freía unos huevos para el arroz a la cubana, y se acercó a decirle al oído: *Dejá eso, dejá todo que nos vamos. ¿Nos vamos? ¿A dónde? Nos vamos y punto*, dijo dando furiosas palmadas sobre la impotente mesada de fórmica, lo que hizo temblar cubiertos y platos. El futuro licenciado, que estaba en el patio entretenido con las canciones del templo, no escuchó lo que habían dicho sus padres, pero sí los golpes y el temblor de cubiertos, por lo que entró a la casa a ver qué pasaba. Al no ver a sus padres, ya ocupados en recolectar ropa, documentos, dinero y algunos libros, el joven abrió la puerta de calle y salió al viento helado de la noche. Una luna casi traslúcida lo llevó a pensar en Rayna, en las ganas que tenía de tocarla, de acercarse a oler su pelo, y así empezó a caminar en dirección al centro de inmigrantes. Si bien era probable que a esa hora no la encontrara, siguió caminando de forma maquinal, con el pensamiento hipnotizado en ella. Tal vez podía averiguar dónde vivía, ir a la casa, decirle lo que nunca le había podido decir, o solo sonreírle, y con eso provocarle una sonrisa, porque quizás así, entre sonrisas, ella hasta lo dejaba acariciarle el pelo.

Al portero del centro de inmigrantes, que lo atendió a través de la abertura de la puerta, apenas se le veían los ojos enrojecidos por el humo y el alcohol. Le escupió que volviera por la mañana, que no podía ayudarlo, y que a esas

horas un chico como él no tenía nada que hacer ahí.

Al volver a su casa, el futuro licenciado encontró todo dado vuelta: ropa tirada, libros despatarrados a los que les habían mutilado las hojas, el sillón boca abajo y los almohadones acuchillados, el arroz amarillo por los huevos fritos mezclado con la loza de los platos rotos. *¿Mamá? ¿Papá?*, dijo, pero nadie le contestó. Y se quedó quieto y en silencio, sin saber qué hacer: en el templo de al lado ya nadie cantaba ni rezaba.

* * *

Nahiar se incorpora con un escalofrío que la despabila. Mueve los hombros en círculos, como en un precalentamiento de aerobics, y se siente más dócil, más liviana, aunque algo, un leve ardor, le tironea la espalda. El licenciado sale del consultorio mientras Nahiar termina de abrocharse la blusa y descuelga el tapado del perchero. Ella abre la boca, como para tomar aire, y bosteza; siente la mandíbula mucho más liviana, más aceitada, como si sus músculos hubieran sido reemplazados por otros nuevos. Mueve la cabeza de un lado a otro, liviana como un pañuelo de seda, como de los que se cuelgan los acróbatas, piensa, y de la nada también piensa en Martin y en la novia acróbata de Martin, en lo narigona y flaca que era esa estúpida, en cómo se puso a gritar al verlos, en cómo se abalanzó sobre ella y le tiraba del pelo, en cómo ella se defendió con esa campana de arcilla de mierda y le partió la cabeza; piensa en la sangre sobre la alfombra, sobre las ventanas, en los portarretratos con los cómics; piensa en el silencio de ese momento, ese segundo en que se quedó quieta sin saber qué hacer, y también piensa en la ambulancia y sus luces estroboscópicas; piensa en cómo salió corriendo hasta perderse entre la multitud de Oxford Circus; piensa en ella misma temblando en el ático de South Woodford a la espera de la policía, que nunca llegó; piensa en Martin, que no volvió a dar clases en el college durante esos últimos días de Nahiar en Londres, y también en Mrs. Collingwood, el reemplazo de Martin; piensa en el falafel de la brasilera y en las cartas que Martin nunca le respondió; en lo grande que ya debe estar Nina, en las Digestive bañadas en chocolate, en los aros que al final no alcanzó a comprar.

Despacio, Nahiar cruza la sala de espera, donde una áspera voz de mujer canta arrastrando las jotas del hebreo, y vuelve a pensar en los chocolates

para las mellizas y en la cena para su marido; piensa en pedir comida china, chow mein o chop suey, y también empanaditas, cuando el licenciado abre la puerta, mira fijo a Nahiar y sonríe; por un momento ella baja la vista, pero enseguida vuelve a levantarla y mira: los rulos, la sonrisa de chicle de menta, el ambo de un violáceo que parece de neón. Lo mira, mira sus labios y se acerca a él despacio, como si explorara la posibilidad de un beso, pero cuando él extiende un brazo y le acaricia el pelo, ella lo aparta y sale corriendo sin un chau, un hasta luego, hasta la próxima, nada. Ni siquiera agradece como se debe.

EL PEOR CASTIGO

Desde el estacionamiento escucho gritos que, arrastrados por el viento, se estiran como aullidos. Apago el motor y por un momento me quedo quieta, con las manos en el volante. Después bajo, conecto la alarma, y mientras sostengo la cartera en mi hombro cruzo la calle por la mitad de la cuadra, aprovechando que no vienen autos. Me apuro, como si quisiera escapar de los gritos que, al aumentar su volumen, parecen correr hacia mí. Toco el timbre, no se escucha. ¿Habré tocado bien? Vuelvo a tocar pero los aullidos, tan fuertes, tan cercanos, no me dejan escuchar, aturden, y aturden como para ocultar algo, un secreto, una verdad que de ninguna manera debería revelarse.

Adentro del colegio es un hervidero de gente, de voces, de aliento a café y desodorante barato. Los padres de las mellizas Osorio, al verme, dejan de hablar y apartan la mirada; la madre de Pacheco se acerca a la de Gutman y le dice algo al oído; la de Chinsky le dice algo a la de Romo; la de Gruner abraza inesperadamente a la de Apter. Todos tienen algo que murmurar; susurros, codazos y muecas que, contagiadas con la viralidad de una gripe, van del disgusto a la repulsión.

No alcanzo a hablar ni a saludar a nadie porque la licenciada Gentile se me acerca y, con el taconeo urgente que la caracteriza, me lleva hacia la dirección. Por un instante, las voces en el hall de entrada se alzan, se agitan, enhebran frases de violencia creciente, pero el pestillo de la puerta al cerrarse detrás de nosotras elimina toda posibilidad de insultos.

—Tome asiento, por favor —la licenciada Gentile señala una silla con la palma de la mano hacia arriba, una orden disfrazada de gesto cortés.

Ocupo la silla rápido y sin peros: cuando la directora del colegio ordena, una siempre vuelve a tener diez años. Ella, su impecable rodete dorado, también se sienta, cabeza y brazos relajados en su sillón giratorio.

—Bien —suspira y junta los labios, los dientes apretados para tensar los pómulos de la falsedad—. Como usted sabe, nuestra institución se caracteriza por la simbiosis entre la historia y un concepto moderno de educación; en el trabajo cotidiano damos especial importancia a la educación para la libertad —se acomoda los anteojos sobre la nariz—, y los valores como el respeto a la dignidad del ser humano, la tolerancia y el compromiso social se ubican, cómo decirlo —entrelaza los dedos de las manos—, en una posición medular, sin dejar de lado, por supuesto, su relación con el mundo globalizado en que vivimos.

Me acomodo en la silla, y la cuerina lanza un crujido de caño de escape algo vergonzoso; bajo la mirada, los rojos del pudor trepados a mis mejillas. La licenciada Gentile mantiene la entonación en línea recta:

—... objetivos cercenados por algún miembro de la comunidad, nos vemos obligados a tomar medidas que conserven la integridad de la institución.

Para reprimir la impaciencia vuelvo a acomodarme en la silla, ahora con cuidado de no hacer ruido.

—Disculpe —levanto apenas la mano, como si interrumpir a una directora fuera a provocar el peor de los castigos—, no entiendo para qué me mandó a llamar...

Ella asiente con un gesto de entrecerrar los ojos de manera dictatorial y a la vez comprensiva, el interruptor que baja el nivel del discurso.

—Su hijo acaba de rociar con querosén a un maestro y a varios de sus compañeros. No los quemó vivos porque no encontró fósforos.

—No puede ser.

—Créame.

—No, no puede ser...

—Como comprenderá, decidimos expulsar a su hijo de nuestra institución.

—No, le digo que no puede ser.

—Mire, de verdad lamento mucho todo esto. Incluso en situaciones de menor gravedad hemos recurrido a sanciones similares, y por ningún...

—No entiende —me levanto de la silla—, mi hijo hoy no vino al colegio; ni hoy, ni ayer, ni antes de ayer. Reposo absoluto, ¿recuerda? Todavía no saben cuándo le van a dar el alta...

La licenciada asiente.

—Lo recuerdo, sí, pero hoy su hijo vino a clases y casi quema vivos a sus compañeros.

Ahora me mira por sobre sus anteojos, con la sofocante rigidez con que suelen mirar las directoras a los alumnos para obligarlos a confesar su crimen.

—No, justamente hoy... imposible —digo—. Hoy amaneció con fiebre, yo misma le tomé.

Fastidiada, la licenciada Gentile también se levanta, toma el tubo del teléfono y aprieta un botón.

—Que pase, por favor.

—Treinta y nueve y medio —empujo la silla para acomodarla frente al escritorio—. Ustedes se confunden, no puedo entender cómo, si yo... disculpe...

Cuando apoyo la mano en el picaporte para irme, se abre la puerta de la dirección y entra Tavito arrastrando los pies. Su expresión tranquila, liviana, de adolescente que vive en su mundo de videojuegos, contrasta con las manchas de aceite en su guardapolvo. La licenciada Gentile taconeó hacia él, saborea cada paso de su caminata triunfal.

—¿Y? ¿Treinta y nueve y medio decía?

Tavito me mira y después baja la vista. Tiene el pelo húmedo, como si antes de venir a la dirección se hubiera bañado; los ojos brillantes, los labios hidratados y esponjosos, las mejillas suaves, rosadas, sin nada de acné. Se ve más sano que nunca.

—Yo... ¿él...?

—El legajo para su traslado a otro colegio pueden retirarlo por secretaría a partir de mañana, aunque no estoy segura de que sea admitido en otro colegio. Tampoco estoy segura, pero creo que debería pasar un informe a la policía. Ahora si me disculpan... —señala la puerta con un gesto de mano hacia arriba, forma sutil de pedirme el culo para darme una buena patada.

En el patio ya no hay ni alumnos, ni profesores, ni siquiera algún ayudante de maestranza. ¿Habrán suspendido las clases? ¿Habrán mandado a todos a sus casas por culpa de mi hijo? Tavito arrastra los pies, aunque mantiene la cabeza erguida como quien no se arrepiente; avanza tranquilo por entre el mar de pelusas flotantes que descubre el sol de este mediodía.

—Subí —le digo al empujarlo adentro del auto.

Sube y se acomoda como si nada, como si tuviera seis años, como si yo lo hubiera esperado a la salida del colegio para llevarlo a la heladería. ¿Sería invento suyo lo de la fiebre, las convulsiones...? En el primer semáforo, saco el celular de la cartera y marco el número de casa; con la vista en el vidrio, en el inexpresivo reflejo de Tavito, escucho los rings de la llamada. Tarda en atenderme un hola asmático y algo gangoso, sin dudas apagado por los embates de la temperatura.

—Perdón, mi amor, quería saber cómo estabas. ¿Cómo estás?

Apenas corto, fijo la vista en el Tavito que está sentado al lado mío.

—Vos...

Extiendo un brazo, dudo entre tocarlo y no tocarlo aunque me quedo quieta, las manos a una distancia prudente.

—¿Quién sos? —vuelvo a mirarlo, pero esta réplica ni se inmuta—. Me vas a decir quién sos ahora mismo... —no responde, no se mueve—. Ahora mismo, dije. Eso, y qué pretendés haciéndote pasar por mi Tavito... —ni siquiera parece inflar el pecho para respirar—. ¿Quién te mandó? ¿Rocha te mandó?

Cuando el semáforo cambia a verde, pongo primera y acelero, aunque no sé si girar en Donato Álvarez o seguir por Avellaneda, si acelerar o frenar en la próxima esquina y bajar a este Tavito del auto.

—¿Para qué te mandó?

Doblo en Honorio Pueyrredón, y al girar el volante alcanzo a ver de reojo que este Tavito le sonríe a las siliconas de una morocha.

—Qué... —le palmeo el hombro— quién sos, te dije...

Freno en la esquina de Arengreen y enciendo las balizas, pero los neones de un albergue transitorio, que resaltan bajo la sombra de un toldo curvo, me dan una idea mejor. Apago las balizas y entro al garage. Estaciono sin prestar atención a las líneas amarillas que, a esta hora y sin autos, parecen viejas cintas de procedimiento policial.

—Bajá —le digo, y él, que sigue a la perfección el papel de hijo obediente, baja.

Paneles con ledes de colores sobre paredes blancas, cuadros hechos con venecitas rojas en degradé. El pasillo nos lleva directo a la cabina de

recepción, donde un hombre de bigote marmolado nos recibe con la vista fija en un monitor de computadora.

—¿Una standard? ¿Una suite? ¿Una doble con hidro? —nos pregunta sin moverse.

Tavito manotea un caramelo de cortesía, rompe el envoltorio y se lo lleva a la boca.

—¿Y, mami, una con hidro? —dice el de bigotes.

¿Mami? Cartilla de rojos: rojo sangre, rojo labio, rojo lava, rojo ladrillo, rojo diablo, rojo atardecer, rojo Marte, rojo Ferrari, rojo neón, rojo rosado, rojo semáforo, rojo tomate, rojo frutilla, rojo vino, rojo óxido, pimienta, fuego, jaspe, rubí y más, todos los rojos que pueden mezclarse y crearse en este mundo se revuelven de pronto en mis mejillas.

—Sí, está bien —digo sin saber qué es lo que está bien, y pago sin esperar el vuelto.

Una habitación cien por ciento Rocha. Rocha en las cortinas de voile y en los alzapaños de hierro, en los flejes de gasa entrecruzados en el techo y en las columnas dóricas a cada lado del somier; Rocha respira en cada cuadro, en cada adorno, en cada átomo de arte, y vuelve a hablarme de los griegos y los romanos, de sus estúpidos bajorrelieves con sus estúpidos cuentos de luchas entre estúpidos híbridos de hombres y animales; es el Rocha de siempre que vuelve a enredarme con su palabrerío de artista y sus aires de superioridad; es el muy hijo de puta que vuelve y sigue volviendo cada vez que intento olvidarlo, olvidarme de él y de todo lo que tiene que ver con él, de los ocho años en que me cagó la vida a mí y al pobre Tavito. Tavito... Giro la cabeza a un Tavito sentado en la cama, quieto, igual de inexpresivo que en el colegio y en el auto.

—Decime —le digo—, ¿vos me escuchaste cuando hablé por teléfono? —nada—. Hablé con Tavito, mi Tavito, que está enfermo en casa, ¿me decís de una vez quién sos, por qué mierda te hacés pasar por él, por qué querías quemar a tus compañeros?

Nada de nada, ni un mísero parpadeo. Manoteo el control remoto y enciendo el televisor: entre saltos, giros y gemidos, dos mujeres frotan su desnudez contra un caño de metal; Tavito, como si se le hubiera activado un despertador interno, redondea los ojos.

—¿Te gusta? —le digo, pero no responde, aunque sus ojos siguen cada

movimiento de la pantalla— ¿querés mirar un rato?

No me responde, pero mira y no deja de mirar. Cuando despacio levanta la mano de la cama y la lleva dentro de su pantalón, me apuro a cambiar de canal: paso por un partido de tenis, el noticiero de chimentos de la tarde, un programa de cocina en el que adoban un cerdo, una propaganda de Huggies, y me detengo en unos dibujitos animados, donde una princesa sopla en la boca de un sapo anaranjado hasta hacerlo reventar. Aunque sin gestos de impresión o asco, Tavito se mueve y la cama rechina.

—¿No te gusta esto?

Niega. No tiene lengua, no habla, pero sabe rogar por una porno. Bien.

—Decime quién sos y por qué te hacés pasar por mi hijo —le digo, y él baja la cabeza—. Me decís y te dejo ver lo otro.

Inclina la cabeza a un lado como si pensara. Vuelvo a cambiar los canales hasta encontrar la imagen de un hombre de rasgos ¿indonesios, maoríes? que se deja untar miel en el pecho por un grupo de mujeres.

—¿Esto querés ver?

Vuelve a mover la cabeza, desesperado. Este no puede ser mi Tavito.

—Hablame entonces.

No habla, no se mueve, toda la atención prendida de las mujeres que ahora hunden sus lenguas en la miel.

—¿Qué quiere Rocha?

Me acerco despacio y de un golpe sorpresa lo recuesto en la cama. Tiro del guardapolvo, tela que escupe botones, y levanto su remera hasta cubrirle la cara por completo.

—Decime y te dejo mirar, ¿querés mirar?

Nada. ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué no me habla? ¿Para qué lo mandó Rocha si el pibe no me va a hablar? Tiene que hablar, pienso, y hundo mis uñas en su pecho para extender unos raspones que él recibe sin gritos ni quejas. ¿Por qué no se queja? ¿Por qué no me pateo, no me empuja, no...? ¿No le dolerá? A modo de respuesta asoman en su pecho unos modestos renglones de sangre que me hacen agarrar la cartera, correr al baño y cerrar la puerta, con los gemidos de la película de fondo. En el espejo, mi pelo inyectado en frizz, las ojeras grises, profundas, los párpados enrojecidos y esta sensación de aire tan espeso que no logra filtrarse por el embudo de mi garganta. Abro la

cartera y la doy vuelta sobre la mesada de mármol: las llaves de casa, un paquete de Kleenex, unos Mentos de fruta, una Gillette, alcohol en gel. Me mojo la nuca y la frente con agua helada; sin secarme y de un manotazo, agarro la Gillette y vuelvo a la habitación. Tavito sigue con la remera que le cubre la cabeza, pero ahora una mano acelera dentro de su pantalón.

—Asqueroso, saque esa mano de ahí... —tiro del brazo y le hago sacar la mano—. ¿Cuánto quiere Rocha? Decime.

Él hace fuerza para devolver la mano al interior del pantalón.

—Decime, mierda —le digo, y aprieto la Gillette primero contra la yugular y después bajo hacia el pecho, donde tiene los arañazos—, decime o te juro que... —me tiembla la mano pero él se mantiene relajado, tranquilo.

¿Cómo puede estar así de tranquilo? Sin pensar, hundo la Gillette y la arrastro por el pecho sumando presión hasta cortarle, de un envión, una tetilla. La sangre surge en un chorro continuo y viscoso pero Tavito no grita, no se queja, ¿por qué no grita, por qué no se queja? Suelto la Gillette y me aparto, tres lentos pasos hacia atrás, y vuelvo a correr al baño.

—Decile a Rocha que venga a hablarme, ¿escuchás?

Un momento más tarde, vuelvo a abrir la puerta, y antes de salir del baño vuelvo a hacer foco en el espejo: la frente, las cejas, los párpados, la nariz, el cuello y, más abajo, sobre la mesada, mi cartera dada vuelta y mis cosas desparramadas junto a una tira de preservativos y miniaturas de jabón, shampoo y sales de baño. Despacio, vuelvo a acercarme a la cama.

—Ey, ¿estás bien? —desarmo la cama, y con un extremo del acolchado, hago presión en la herida—. Mirá, el problema no es con vos, yo... Decile a Rocha que venga a hablar conmigo y listo, ¿estamos?

Demasiado quieto. O desmayado o muerto. Por cómo le cuelgan los brazos... Aparto el acolchado y apoyo el índice en su pecho, con cuidado de no tocar la mariposa de sangre que empieza a coagular, y lo sacudo.

—Ey —lo sacudo y lo sacudo—, despertate...

Acerco una mejilla a su boca, pero la tela de la remera, que todavía le cubre la cara, no me deja sentir si respira o no. ¿Y ahora...? Ahora mismo llamo a Rocha, que venga y se haga cargo, porque seguro la idea de mandarme un Tavito nuevo fue de él. Yo no sé, no sé cómo hará para que se parezcan tanto. Aunque si en ocho años nunca se hizo cargo de nada...

—Y vos despertate, movete... —le digo a este Tavito.

Levanto una pierna, y con un rápido movimiento hundo el taco de mi zapato en su entrepierna, lo que le hace contraer el cuerpo, un movimiento reflejo que lo arquea como si fuera a plegarse entre quejidos agudos pero cortos, casi aullidos ahogados por la desesperación.

—Estás vivo, ¿estás bien?

Tiro del dobladillo de la remera y la desprendo de su cabeza. Tavito, los ojos bien abiertos, me mira fijo. Ya no mira la película, ni al indonesio, ni a las mujeres desnudas ni nada. Me mira a mí y solo a mí con una expresión cercana al miedo y a la piedad, al perdón, al arrepentimiento; me mira con un gesto dolorido, casi enfermo, y entonces me acerco a besar su frente, un beso suave que a él le hace cerrar los ojos aliviado, y a mí me ayuda a levantarlo de la cama, a ofrecerle el brazo para ir despacio hasta el auto, llevarlo a casa conmigo y cuidarlo como debí haber cuidado al otro Tavito.

GUAZUVIRÁ

En el centro del patio, tablones y caballetes forman una mesa para más de veinte personas. Hay sillas apiladas en un extremo y vasos de plástico rotos por todos lados. En la zona del pasto, servilletas usadas y reposeras de madera reclinables. De las ramas de un jacarandá cuelgan cables con lámparas led, arneses de cuero y correas con anillos de metal. Al arrastrar las valijas por el piso ajedrezado, Marie se pone pálida y baja la cabeza. Pato, en cambio, me mira, saca la lengua para estirar el chicle y, después de inflarlo al máximo, lo hace estallar en su nariz.

El departamento parece diseñado para muñecas. Empapelado lila con estampado de rosas, cuadros de Marilyn Monroe y de la Torre Eiffel, muebles de madera pintados en decapé. Tiene una cocina en la que solo se puede entrar de a una persona por vez, pava escocesa, alacena vidriada, y una sola habitación con dos cuchetas. El sillón-cama de un cuerpo que está en el living me toca a mí por sorteo. Mientras saco la ropa del bolso y la acomodo en los estantes polvorientos de un aparador, Pato dice que se va a acostar un rato, que en el viaje no durmió nada, y Marie la sigue. Aunque yo tampoco dormí mucho y me duele un poco la cabeza, decido ponerme a vaciar el bolso. Cuando voy al baño a dejar el cepillo de dientes las veo a las dos en una misma cama, de la mano y dormidas.

El dolor de cabeza ya se volvió migraña, por lo que decido bajar al centro a comprar ibuprofeno, y de paso cosas para la cena, fideos, latas de tomate, manzanas, unas cervezas y algo para el desayuno. El cielo cubierto, sumado al calor pesado y húmedo, es un claro anuncio de lluvia, y las calles del centro están vacías, mientras que los negocios, abiertos, esperan... no sé, clientes imaginarios.

En el primer autoservicio que encuentro compro las cosas de almacén y

después salgo a buscar la farmacia; camino de punta a punta las cinco cuadras del centro, pero nada, ni siquiera una vidriera con publicidades de shampoo o crema antiedad. Decido volver al autoservicio.

—Hola —aplaudo al ver que la silla de la cajera está vacía— hola...

La chica que me cobró hace instantes se asoma por una puerta que tiene un cartel de privado, y me mira como si quisiera fulminarme con la mirada.

—Disculpá, ¿me decís adónde hay una farmacia por acá?

—Segundo pasillo, lado izquierdo, ahí tenés un par de cosas...

Del otro lado de la puerta surge una mano que le rodea la cintura y la empuja hacia atrás.

—Busco ibuprofeno o algo que me saque este dolor de cabeza...

La chica palmea la mano en su cintura y, después de apartarla, sale a revolver el cajón debajo de la registradora. Saca un blíster de comprimidos blancos y lo deja en la mesada frente a mí.

—Ay, qué genia, me salvaste... —digo mientras apoyo en el mostrador las bolsas pesadas por las compras y busco la billetera.

La chica asiente, sus labios cuelgan con el aspecto húmedo y sedoso de la carne cruda, o de quien acaba de besar a más no poder. Espero el vuelto cuando de la zona privada sale un tipo, barbita candado y ojos de un verde inquieto, con remera de serpiente enroscada al tallo de una rosa. Casi por instinto, empieza a ir hacia la chica con los brazos extendidos, listo para imantarse a ella por detrás, hasta que me ve y entonces baja las manos, se detiene, me mira.

—Hola.

—Hola.

Como en una visión del futuro, o un déjà vu, veo al tipo sentado en la arena junto a un fogón, con el jopo al viento, una guitarra criolla en la falda, sus ojos clavados en los míos y... La cajera me da el vuelto con cara de esfumate piba de una vez.

—Gracias.

Guardo las monedas y me cuelgo las bolsas en los antebrazos, que casi al instante resienten el corte de circulación. De camino a la salida, pienso que debería comprar también una botellita de agua para tomar el ibuprofeno, o lo que sea que me haya vendido, pero no, mejor volver rápido al hotel antes de

que llueva, y tomarlo ahí. Ya en la calle, escucho que el tipo me grita:

—Esperá, ¿no sos una de las chicas que llegaron hoy a la Posada del Guazuvirá?

Uno: ¿cómo sabe que... si hoy cuando llegamos no había nadie en ningún lado? Dos: ¿me fichó? ¿Barbita me fichó? Me doy vuelta y asiento con sonrisa de princesa de Disney que acaba de cepillarse los dientes para una publicidad de Oral-B.

—Yo estoy en el primero C —me dice—. ¿Vas para allá? ¿Querés que te lleve con la camio? —señala las marcas de las bolsas que hacen de mis brazos dos matambres.

Miro a la cajera esperando lo peor, aunque ella, en lugar de sacar las garras y tirarse sobre mí para arrancarme los pelos, ya está sentada en su banqueta y se dispone a abrir una revista de modas.

—Vamos.

Cuando me descuelga las bolsas de los brazos, Barbita tiene las manos frías y a la vez pegajosas. Damos la vuelta manzana hasta donde tiene estacionada la camioneta mientras una brisa, ya no tan calurosa, sopla su perfume ¿Acqua Di Giò, Acqua Di Colbert?, directo a mi nariz.

—¿Primera vez en Guazuvirá?

—Sí y no.

—En el formulario decía que no habían estado nunca...

—Y cómo... ¿vos...? —lo miro, pero sus ojos redondeados piden respuesta, así que...— estuvimos de paso, nunca nos quedamos acá.

—No se van a arrepentir —media sonrisa sin mostrar dientes pero con hoyuelos que se marcan entre la barba recortada.

Mientras maneja no hago más que mirarlo de reojo para ver si me mira, si está nervioso, si en algún lado tiene escrito que le gusto o si le parezco mínimamente linda, y me pierdo el momento en que el sol se va entre rojizos y anaranjados; al bajar del auto, en el cielo apenas queda un animal print gris con estrías rosadas. Abre el baúl, saca las bolsas.

—¿Lista para hoy a la noche?

Se ve que pongo cara de susto o de no entiendo porque él enseguida salta:

—Tranqui, bombona, que acá siempre está todo bien...

No alcanzo a preguntar qué es lo que está o no está siempre bien porque,

apenas me ven, Pato y Marie cruzan el patio a las corridas. Marie me empuja con un débil puñetazo en el hombro.

—Hace mil horas que te estamos buscando, ¿dónde te metiste, nena? —se hace la que no ve a Barbita.

Pato, en cambio, un hombro apoyado contra el marco de la puerta, las piernas cruzadas, infla su chicle globo mientras escanea a Barbita desde su vintage de chica rebelde años setenta. Estoy por presentarlos cuando me doy cuenta de que no sé cómo se llama, porque todavía no me dijo nada, ni siquiera...

—Adán.

—Ah, vos sos Adán... Yo soy Eva, digo Marie...

Mientras los veo intercambiar besos en las mejillas, me llega un cosquilleo que es la viva sensación de perderlo todo en un simple chasquido. Marie señala hacia la puerta.

—Ella es Pato.

Pato no se acerca, apenas levanta la cabeza en un leve gesto de reconocimiento.

—Le decía a... —me mira.

—... Clari —digo.

—Le decía a Clari que arrancan hoy a la noche, ¿están listas?

Marie redondea los ojos, levanta las cejas.

—¿Hoy? ¿No puede ser que...?

Pato, que masca el chicle con la boca abierta, se apura a decir:

—Obvio que estamos listas.

Adán asiente, me pasa las bolsas y entra al patio de la posada. Pato aprovecha para darse vuelta y mirarle el culo; Marie titubea al preguntar:

—A qué hora, dónde...

Adán se da vuelta y abre los brazos, las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Acá? —dice Marie— ah, por eso la mesa y las sillas... —ríe como estúpida.

—Así es, bombonas, acá en Guazuvirá tenemos las mejores fiestas.

* * *

Marie hierve fideos; Pato, desde el sillón que ya es mi cama con sábanas y todo, le mira el culo; yo voy al baño a terminar de plancharme el pelo y las escucho:

—Qué buen culo...

—Dejá de mirarme, querés.

—Boluda, no hablo de vos.

—Auch, ¿tengo que ponerme celosa?

—Siempre.

—¿Y ahora de quién?

—Del primer papacho sobre la Tierra.

—¿Del primer qué? —afina la voz de la ignorancia.

—De Adán, de quién va a ser...

Marie larga una risita mientras se escucha el ruido del agua que cae sobre la pileta.

—Sos peor que los tipos, ¿lo único que mirás son culos, vos?

—Te explico, el culo es el símbolo de la perfección de...

—Para vos de la perdición...

—La perfección de un culo, su simetría, la redondez, si tiene estrías, celulitis, si tiembla o no al caminar... el culo de una persona lo dice todo, ¿entendés? Culo chato, culo de vago, decía mi Buba y tenía razón... No se puede tener buen culo y estar todo el día sin...

Aprieto la planchita en la punta de un mechón y después suelto. No me aguanto sin decir:

—Sonamos, se puso filosófica...

—Y vos qué te metés... —me grita Pato— si por los culos que te comiste...

—Filosófica no —dice Marie— putosófica —y después se ríe de su propio chiste.

—Culosófica —agrego, y con Marie nos reímos.

—Perfecto —dice Pato— ya que soy la putosófica del grupo, la manzanita de Eva me la como yo.

Tiro del cable y desenchufo para salir del baño con la planchita humeante en alto.

—Momento, no te zarpés, que al Adán ese lo vi yo primero...

—¿Y te lo compraste?

—Sí, ¿no lo traje con las cosas del supermercado?

Marie se ríe; Pato le sube un tono a su belicosidad de siempre.

—¿Tenés ticket?

—A las amigas no se les pide factura...

—La Afip dice que hay que pedirla siempre, que es el derecho de todo consumidor, ¿o no ves las propagandas, vos?

Pato la mira y le tira a Marie un beso volador. Marie se ríe. A mí me tiembla el párpado izquierdo.

—Callate, vos —digo— y metete esas boludeces en el culo. Al quía lo vi yo primero y punto.

Pato escupe el chicle en el piso y se levanta de mi cama para ir a la habitación. Marie se apura a venir al living con la vaporosa fuente de fideos. Cuando Marie y yo empezamos a comer, vemos que Pato, con su cartuchera de calaveras en la mano, vuelve a pasar por el living para entrar en la cocina y, frente al reflejo de la alacena vidriada, pintarse los labios de negro ónix.

* * *

Cuando estamos listas para salir Pato dice que no viene, que mejor vayamos nosotras solas. Marie resopla pero se arrodilla junto a ella, que otra vez está sentada en mi cama, los pies dibujando círculos en el aire.

—Dale, Patuchi, vení...

—No.

—Porfis, no nos hagas esto...

—Dije que no.

—Dale, porfis —Marie le guiña el ojo— vení, bombona...

—Si no quiere, no quiere... —digo de espaldas a ella, con la mano en el picaporte— ahora, si nos rajan... —me doy vuelta, busco la mirada de Pato— sabés bien lo que pasa si nos rajan...

—Dale, es verdad, no podés no venir, Patuchi, ¿y si nos rajan?

—Igual nos van a rajar cuando nos descubran...

—Si vos venís y hacemos todo como dijimos, no tienen por qué descubrir nada. Por favor por favor por favor...

Pato asiente, pero en lugar de despegar el culo del sillón se saca los borceguíes y se acuesta en mi cama, de cara a la pared. Marie se incorpora y me mira con gesto de y ahora qué mierda hacemos. Camina taconeando de un lado a otro mientras piensa, y mientras piensa hunde los dedos en el pelo de su nuca, se rasca y se airea la melena en busca de algo que hacer o decir. Frente a la puerta, Marie se acerca al cuadro, en realidad una chapa de la Torre Eiffel, y lo toca; en su intento de alcanzar el relieve de la punta, pierde el equilibrio y cae al piso. Por el ruido, Pato levanta la cabeza, y se ríe de tal forma que no le importa mostrar su maldad. Yo ayudo a levantar a Marie, pero apenas termina de incorporarse vuelve a caer: uno de sus tacos está irreversiblemente fracturado.

* * *

La mesa armada con los caballetes sigue en el centro del patio aunque todavía vacía, sin siquiera mantel. Las sillas, lejos de estar ubicadas a su alrededor, se extienden en filas como en un cine, de cara al jacarandá. Entre sus ramas, las luces led ahora encendidas retuercen sus colores. En el pasto ya no hay servilletas tiradas ni vasos sucios, solo las reposeras de madera. Algunas personas esperan sentadas, otras conversan animadas como en una fiesta cualquiera. Apenas me ve, Adán se acerca a saludarme con un beso.

—Ay, bombona, qué producción...

Él lleva una camisa negra con dos botones abiertos, por donde asoma la pelusa enrulada de su pecho, y pantalón negro elastizado. Abro la boca, pero ni una sola palabra se me acerca a la lengua, lo único que puedo hacer es sonreír mientras Adán me escanea las piernas, la minifalda, el piercing en el ombligo, el escote, los aros en forma de estrella, la boca, los ojos, y hasta el trazo grueso del crayón delineador.

—¿Tomamos algo?

Asiento y me dejo guiar hasta una mesita redonda, de plástico, en un rincón del patio, donde hay una jarra con agua y otra con un líquido amarillento que supongo cerveza.

—¿Te sirvo?

—Dale.

Después de llenar los dos vasos, Adán levanta la vista y me clava la

mirada aunque no llego a entender qué quiere decirme con eso. Le sonrío como estúpida antes de probar el asqueroso jugo de manzana en polvo, diluido con agua de la canilla. Miro a los lados buscando pasto donde escupir, pero no me queda más opción que tragar y seguir con las sonrisas.

—¿Y tus amigas?

Levanto los hombros en un gesto de nena de siete años, y miro hacia la puerta de nuestro departamento, que se mantiene firme en esto de estar cerrada.

—Marie y Pato, ¿no es cierto?

—Ajá.

—¿No van a venir?

Otra vez hombritos y sonrisa de regalada.

—Mirá que en el contrato dice que tienen que estar las tres, y si no vienen...

—No, no, van a venir, van a venir —mi voz trabada por la flema de la desesperación.

Adán sigue con el escáner de sus ojos, y es como si me desnudara de a poco hasta los huesos, como si le sacara rayos x incluso a mis pensamientos. En el patio, los murmullos se apagan, y las personas que siguen de pie empiezan a acomodarse en los asientos.

—¿Querés que vayamos a sentarnos?

Asiento, una vez más sin decir nada. De camino a las sillas, una brisa fría pasa de pronto y me pone la piel de gallina. Adán me agarra de un brazo, y al contacto salta una chispa que seguro podría haberse visto en la oscuridad. Se me acerca al oído para decir en voz bien baja:

—Decime, bombona, ¿vos...? —su aliento a jugo dulce me hace cosquillas en el cuello, y yo tiemblo tanto que él tiene que decirme— tranqui, bombona, sonreí que está todo bien —y se aparta un poco sin soltarme el brazo.

Yo sonrío y, como en un truco de magia logrado a la perfección, dejo de temblar. Vuelve a acercarse:

—Por casualidad vos... —me aprieta el brazo— ¿no será que tus amigas y vos...?

La gente empieza a aplaudir con un ritmo algo aletargado que no tarda en

ganar velocidad, como si pidiera el comienzo de la función, y solo entonces Adán me suelta. Respiro hondo, aunque el aire me llega entrecortado.

—Vamos a sentarnos.

Adán señala las hileras de sillas, aunque sigue de largo y hace que me acomode en una de las tres reposeras de madera que esperan vacías junto al jacarandá. Él, que no se sienta, saluda con amables cabeceos a quienes lo reconocen desde sus asientos. Yo aprovecho para mirar hacia el departamento, la vista fija en la puerta como si pudiera abrirla por telequinesis. Salgan salgan salgan, repito como en un mantra de control mental, salgan, salgan ya, por favor por favor, pienso, pero las chicas no salen. Bajo la vista a los dedos esmaltados de mis pies, y vuelvo a levantarla a la gente que aplaude. A la gente que me mira y aplaude. Vuelvo a mirar la puerta del departamento y abrite abrite abrite. ¿Por qué tardan tanto? La gente acelera los aplausos, mujeres con zuecos de madera golpean el piso, algunos hombres chiflan con los dedos entre sus colmillos. Adán se inclina para volver a hablarme al oído.

—Sonreí, bombona —y después, en un tono más áspero, lejos del guitarrista en la playa que imaginé en nuestro primer encuentro, agrega—ustedes... ¿no será que ustedes...? —vuelve a apretarme el brazo, tanto que me hace doler, para forzar la respuesta.

Me muevo para soltarme pero él, un tanto contrariado, me sonríe un:

—Perdoná...

Yo asiento temblorosa, y él, recién después de haberme echado una intensa mirada con sus ojos de Brad Pitt, me suelta para ir corriendo a su departamento, ahí mismo, a dos puertas del nuestro. Pobre, pienso, él no tiene la culpa; la culpa es de las boludas de mis amigas que me dejaron acá sola con todo esto. Cuando vengan me van a escuchar, me digo, y casi al instante, veo a Adán salir de su departamento con varias tiras de cuero que empieza a anudar en distintas ramas del jacarandá. Ahora todos lo miran concentrados, y en un silencio tan profundo que hasta puede escucharse el sonido del mar.

Apenas termina con las correas, se acerca y me acaricia el pelo. En el fondo es un dulce, debe estar nervioso y nada más, pienso y levanto la vista, le sonrío. Despacio, con una lentitud casi ceremonial, Adán me tiende una mano, y cuando pongo la mía sobre la suya, se inclina para besármela. Una corriente de hormigueos me cruza el pecho ombligo abajo, como si mis células de hielo fueran a derretirse. Cierro los ojos para relajarme con las caricias, con la

presión que sus dedos ejercen sobre los músculos de mis manos y mis muñecas, hasta que siento algo húmedo que hace un vacío como de sopapa y después algo filoso que se me incrusta con fuerza en la carne. Abro los ojos y espantada veo los manchones de sangre en mi muñeca y en sus labios, en sus dientes, su lengua. Su boca succiona con fuerza y me inyecta una especie de ardor en la herida abierta. Abro la boca para atrapar un poco de aire, decir algo, gritar me duele hijo de puta me duele o por favor basta, basta, pero él, aferrado a mi brazo, empuja su lengua contra mi piel destrozada para ayudar, con los labios, a la succión. Me muevo, trato de que me suelte, pero él, que tiene mucha más fuerza que yo, me inmoviliza tirándome del pelo. Por los forcejeos, no veo a Pato y a Marie salir del departamento y acomodarse en las reposeras junto a mí. Las escucho hablar, sí, y también escucho algunas risas, lejanas y no tanto, intercaladas con unos repentinos aplausos. En un momento escucho unos gritos afónicos que atribuyo a Marie:

—Soltala, soltala...

Adán me suelta, de una forma tan brusca que caigo de rodillas al piso, mientras él se limpia la boca con la manga de su camisa. En cuclillas, me alejo un poco de él mientras me agarro fuerte el brazo de la herida, presionando para detener la sangre y aliviar el dolor. Marie se levanta de su reposerá y se arrodilla junto a mí.

—¿Estás bien?

Trato de hablar, de decir algo, pero la voz no me sale, apenas me sale mover la cabeza en un claro no.

—Respirá, Clari, respirá...

Respiro.

—¿Mejor?

—No —mi voz es ronca, todavía con resabios del shock.

Pato, desde su reposerá, se ríe.

—Si puede hablar, es que está mejor... —dice.

Marie la mira, el labio inferior entre los dientes en una mueca de qué decís, boluda, pero Pato no le responde, concentrada en las manos de Adán que ahora deciden ocuparse de ella. Marie, en tanto, me susurra:

—¿Querés un poco de agua?

Mi cara, seguro de espanto, le dice que no, que agua no es lo que quiero en

este momento, y Marie se estira para alcanzar las servilletas que están en la mesa y apoyármelas en las muñecas para mejorar la presión. Me dice:

—Respirá, respirá...

No puedo ni quiero respirar porque veo la forma en que Pato mira al idiota de Adán, y también cómo Adán, espoleado por los aplausos de un público ambicioso, levanta a Pato en brazos y la lleva hasta la mesa, donde la recuesta para empezar a desnudarla. Apenas le desabrocha la blusa, Marie me aprieta la mano, y yo, aunque no estoy nada tranquila, le devuelvo el apretón para tranquilizarla. En un momento Adán se aparta de la mesa para ir hacia el jacarandá, y Marie se levanta haciendo que yo también me levante. Sin soltarnos las manos, muy cerca una de la otra, pasamos junto a él al bordear los asientos y aproximarnos a Pato. Con la mano libre, Marie le palmea una pierna:

—Vámonos, por favor, vámonos...

Pato, sus ojos sonrientes, infla el chicle globo y después lo revienta desafiante. Marie asiente:

—Qué idiota sos...

Y, sin pensarlo mucho, le suelta la pierna, da unos pasos hacia atrás y me abraza. Pato, para hacerla subir un peldaño en la escala de los celos, sonrío y cierra los ojos. Apenas Adán pasa junto a nosotras con las correas, Marie apoya la cabeza en uno de mis hombros para no ver. La pobre tiembla, y yo acerco mi boca a su oído y le digo:

—¿Vamos?

Asiente. Algo insegura, pero asiente. Aunque al correr hacia la playa, ríe con entusiasmo. Dicen que acá, en Guazuvirá, tienen los mejores amaneceres.

EL MONSTRUO

Desde el pasillo escuché la voz de mamá:

—¿Sabés que a Nelly ayer casi la pisa una moto?

Me quedé quieta, llaves en mano, desconcertada. ¿Nelly? ¿Qué Nelly? ¿Con quién hablaba mamá? Abrí la puerta y la cerré con un empujón de caderas.

—Má, soy yo, llegué...

Crucé el hall de entrada hacia la cocina y sobre la mesada de mármol dejé las bolsas del supermercado con el brócoli fresco, las masitas de chía, los saquitos de té verde, los comprimidos de resveratrol. Estaba todo limpio y ordenado, aunque en la piletta había un par de tazas usadas con sus cucharitas. Toqué la pava, que estaba fría, y encendí la hornalla para preparar té. Abrí la heladera, y ya guardaba la leche de soja cuando escuché:

—Dos segundos antes, y chau Nelly, ¿podés creerlo?

Volví a quedarme quieta, la puerta de la heladera abierta con su cascabeleo de fondo. ¿Habría invitado a sus amigas de aquagym o a las del club de burako? Cerré los ojos para escuchar mejor porque:

—... mierda, yo también puedo salir a que una moto me ap...

Volví a abrir los ojos para cerrar la heladera de un golpe antes de caminar hacia el living.

—Má, soy yo...

El living estaba a oscuras, pixelado por los grises de la penumbra, salvo por una pared que recibía renglones de luz a través de la persiana entreabierta.

—Má, ¿a dónde te metiste? Soy yo, llegué... —subí el tono de voz porque parecía que mamá escuchaba cada vez menos.

Volví a la cocina y crucé el lavadero para salir al patio, porque incluso

con este frío mamá es capaz de estar en el patio, y dije:

—Puse agua para un té, ¿tomamos?

Mamá, que tampoco estaba en el patio, seguía su charla de:

—... ni motos ni autos... no, señor, porque yo, querido, tengo que estar acá con vos y solo con...

Mi corazón se saltó un par de latidos antes de volver a bombear. Mamá con un... no, no podía ser... mamá, ¿con quién estaba mamá?

Volví a entrar a la casa y fui directo a su habitación. La puerta estaba apenas abierta, y no se veía más que un triángulo de la cama y la mesita de luz. Antes de entrar, me quedé quieta un instante para escuchar un par de chancleteos seguidos de un tintineo de vidrios. Di un paso adelante y golpeé:

—¿Má...?

Sin esperar que me respondiera, empujé para abrir bien la puerta. Mamá estaba sentada en la cama, con su bata de toalla entreabierta, completamente sola. Me acerqué, la besé en la frente y me senté en la cama junto a ella.

—Escuché que hablabas, ¿con quién hablabas?

—¿Yo? No...

Tomó las cintas de su bata, y cuando se ajustó el nudo los dedos le temblaban como con Parkinson.

—¿Cómo estás, má? ¿Te sentís bien?

—Sí —movió la boca a un lado y después despegó los labios con un chasquido—, ¿y los chicos?

—En el colegio, como siempre.

—Quiero verlos, ¿cuándo los traés para que los vea?

—Hoy a la tarde, te dije, ¿no te acordás? Ahora te traje unas cosas del super. ¿Seguro que estás bien? Me pareció que hablabas con alguien y...

—¿Me vas a comprar unas figuritas, así les doy?

Asentí, pero:

—Mirá que si no te sentís bien llamo al médico...

Volvió a torcer la boca.

—¿Estás loca? Si estoy bárbaro... —con las manos se aplastaba el pelo, que más bien era una pelusa amarillenta—. ¿Me vas a llevar a la peluquería entonces?

Yo asentía como en piloto automático cuando escuché la pava tiritar sobre

la hornalla.

—Puse el agua, ¿tomamos un té?

Ella asintió, y mientras yo me levantaba de la cama, mientras me incorporaba y le daba la espalda para acercarme a la puerta y ganar el pasillo, escuché que la cama hacía rechinar sus resortes de una manera extraña. ¿Habría alguien debajo de la cama? Me di vuelta rápido como para agarrar in fraganti al amante de mamá, pero lo que encontré fue a mamá haciendo fuerza con los brazos para levantarse. Es verdad que en los últimos tiempos mamá había cambiado su agilidad por un andar más lento, más robótico, pero ella seguía negándose a compartir la casa con una enfermera o una dama de compañía, decía que ni loca aguantaría las manías de un extraño, mucho menos de una enfermera vieja o solterona, y que su falta de elasticidad era algo normal, que sus problemas eran solo de almanaque. Me acerqué, la ayudé a levantarse y volví al pasillo. Aunque antes de entrar de nuevo a la cocina volví a la pieza, casi en puntas de pie para no hacer ruido, como guiada por un sexto sentido, y vi que mamá se apuraba a cerrar con llave la puerta del placard.

—¿Qué tenés ahí?

—Nada. Hoy no quiero edulcorante, por favor.

Asentí, pero:

—¿Qué escondés? O a quién...

Me acerqué a ella, que seguía firme con las llaves en la mano junto al placard.

—Mami, por favor, a quién tenés ahí... mirá que si lo dejás mucho tiempo encerrado se va a ahogar.

Una vez más, torció la boca y chasqueó. Miraba hacia la ventana, como absorta en sus propios asuntos, y aproveché para acercarme despacio y sacarle las llaves de las manos. Dentro del placard, en el único estante, arriba de todo, frascos de vidrio de distintos tamaños, y en cada uno una masa amarillenta, de apariencia viscosa y como hecha de grasa, atravesada por un extenso mapa de venas que, como ríos de sangre, desembocaban en cinturones rojos de mayor extensión. Con una mano me tapé la boca, pero después me di vuelta y, sin llegar al baño, vomité sobre la alfombra. Mamá ahora me miraba desde donde estaba, junto al placard, con una expresión que no terminaba de decidirse entre la vergüenza y la culpa. Cuando mi estómago al fin se

tranquilizó, me incorporé y miré a mamá:

—¿Qué es eso? Por Dios...

—Por Dios nada.

—¿Qué...? ¿Qué es? ¿Qué hacés ahí con esa asquerosidad?

Bajó la cabeza, como una nena que sabe que hizo algo malo y espera el castigo, y después volvió a mirarme con cierta firmeza.

—Mami, ¿querés decirme qué mierda es eso?

—Es...

—¿Es qué? ¿Qué es eso? No me digas que... ay, mamá, ¿con eso hablabas?

Mamá asintió, y yo, sin levantar los brazos, entonces entrelazados a la altura de mi abdomen a modo de cinturón protector, me pellizqué. La pava, a lo lejos, seguía tiritando.

—No entiendo, vos... Mamá, ¿vos...?

Despacio, volví a levantar la vista, volví a mirar esas masas monstruosas y deformes que, con algo de soberbia, nos miraban desde la comodidad del líquido que supuse era formol. Tardé en entender qué eran y qué hacían en el placard de mamá, pero después de acercarme un poco, de ver bien los frascos rotulados con números que debían ser fechas, distintos días, meses, años, enseguida uní con flechas cada frasco con cada operación de mamá.

—Mami, eso es un asco, por Dios, ¿cómo podés dormir con eso ahí en el placard? Y los médicos... ¿cómo te dejaron traer eso los médicos?

—Yo le hablo...

—¿Al médico?

Me miró como quien dice sos o te hacés, pero no lo dijo.

—Somos amigos, ¿no es cierto? —dijo, y miraba hacia el placard con una sonrisa un tanto artificial, como de compromiso, casi la sonrisa de un empleado al festejar un estúpido chiste de su jefe.

—Mamá, yo... voy a llamar al médico, ahora mismo lo llamamos y...

—No.

La pava, no sé cuándo, había dejado de tiritar, y aunque supuse que el fuego ya había evaporado el agua, que pronto el acero empezaría a quemarse, me quedé junto a mamá, esperando algún tipo de explicación mínimamente lógica, pero mamá insistía:

—Estoy bien, no...

Y yo de verdad quería creerle, pero ¿y si era como dijo el médico? ¿Y si era que mamá había empezado a alucinar? ¿Hace cuánto habría empezado a...? ¿Tan rápido podían empeorar los síntomas? ¿Cómo podía ser, si apenas ayer...? Cuando dejé de pensar en eso vi que mamá, en puntas de pie, estiraba los brazos para pasar, de manera casi cariñosa, una franela por el vidrio de los frascos, un gesto maternal, de protección, que conecté con el de un adulto al taparle los oídos a un chico justo antes de decir alguna barbaridad.

—Por favor, mami, ahora mismo tiramos todo ese asco a la basura.

Me acerqué y agarré un frasco, el más grande, que debía pesar más de dos kilos, y supuse era el de su primera operación. Mamá, que seguía en puntas de pie, apoyó enteras las plantas sobre el piso, con el suspiro de alivio de quien pisa tierra firme, y a la vez una mueca que parecía recortada de una película de terror.

—No —dijo, mientras me agarraba de un brazo con una fuerza que no sabía que podía tener.

Di media vuelta y avancé hacia el pasillo con el frasco en la mano; mamá me seguía sin soltarme el brazo.

—Salí, me duele...

—No.

—Sí, mami, ahora mismo tiramos todo —levanté el frasco con un gesto repugnante, aunque para no mirarlo giré la cabeza hacia el otro lado.

—No.

—Te pido por favor, má, el médico dijo que tenés que ser positiva, pensar en cosas lindas y no en...

—No...

—Vos lo escuchaste, dijo que si empezabas a ver... no sé, cosas, que podíamos llamarlo, que él te daba unas pastillas y...

—No, por favor...

Ya en la cocina, junto al tacho de basura, mi brazo listo para encestar el frasco, mamá me miró fijo. Y por primera vez desde que ella había enfermado vi cómo toda su fortaleza se derretía, se hacía líquida en sus ojos. Y en ese Aleph de lágrimas también la vi a ella, cansada, con la cofia puesta, camino al quirófano una y otra vez, su máscara de soy fuerte, su saludo guerrero de nos

vemos pronto, y a las enfermeras manipulando su cuerpo todavía anestesiado en la cama del hospital; vi sus desayunos de yodo radioactivo y sus efectos adversos de ir al baño todo el tiempo; vi la casa de Mataderos y a mamá de jovencita, cómo cuidaba a su propia madre cuando al enfermar, igual que ella, enfermó sin vuelta atrás; vi a mamá como madre de sus propios hermanos, y también la vi al hacerme trenzas para un acto escolar; vi sus raquetas de tenis, sus días del amigo en Colonia, a todas sus amigas, también a ella con papá; vi sus cejas maquilladas y sus sonrisas, sus colmillos desparejos, los aros de piedras violáceas, sus mejillas perladas por la crema antiedad; incluso alcancé a ver el departamento de la calle Artigas, y una noche en que yo, de seis o siete años, tuve fiebre, sus manos con paños fríos en mi frente, y sus brazos, cómo sus brazos, porque solo sus brazos, lograban calmarme. Entendí que debía dar unos pasos al costado, dejar el frasco sobre la mesa y abrazar fuerte a mamá.

EL ESTIMULANTE SABOR DE LA LIBERTAD

Terminé el examen y me apuré a salir del aula. El pasillo desierto, sumado a la penumbra de una tormenta en flor, le daba al aire una atmósfera de pesadilla. ¿A dónde se habían ido todos? ¿Por qué nadie me esperaba? Me fijé si había alguien en el aula de enfrente y en otra más allá —por lo general, cuando tenemos que esperar el resultado de algún examen, con mis compañeros nos acomodamos cerca del aula en cuestión para apurar al profesor con ruidos, risas, voces—, pero ahí tampoco había nadie. Qué raro todo tan tranquilo a esta hora, pensé escaleras abajo, camino al hall de entrada donde los afiches y los pasacalles colgados en paredes, techos y carteleras se entrecruzaban en un juego de luces y sombras con los tubos fluorescentes.

En el bar tampoco había nadie, salvo por unos chicos de segundo o tercer año —de Filosofía de acá a la China, por la cultivada desprolijidad de sus barbas—, sentados en una ronda dentro de la cual, supuse, circulaba algún tipo de sustancia tan inspiradora como ilegal. Aparté rápido la vista —que es lo que dicen hay que hacer cuando una ve algo que no debe ver— y fui directo a la puerta de calle. Al salir, un aliento a tierra húmeda me pegó en la cara; pensé en volver a entrar, la noche prematura que colgaba del cielo no tardaría en derretirse, volverse líquida, inundarlo todo, pero no. Bajé del cordón para cruzar la calle, y una moto, que apareció de la nada, pasó rasante junto a mi espalda —ahí me di cuenta de que el semáforo seguía en rojo—. Con el calor de la adrenalina que bajaba por mi cuerpo, corrí al refugio de la otra vereda.

Comprobé que mis compañeros no estaban ni en el kiosco ni en la fotocopidora de enfrente, y antes de volver a las aulas decidí fijarme en un último lugar: el bar de la esquina, un antro al que nunca íbamos por el sonido

apolillado del bandoneón que, al pasar por la vereda, parecía brotar de las baldosas y, coincidíamos en el grupo, entrar ahí sería un viaje sin escalas a la isla de la depresión. ¿Se habrían animado a entrar ahí? Por un repentino viento en contra no pude dar ni dos pasos más. Los carteles golpeaban las chapas y amenazaban con salir despedidos de las marquesinas. Decidí volver a la facultad. Di media vuelta, pero entonces una corriente voraz, como de otro planeta, me arrastró hasta la puerta de blindex de un bar que nunca había visto. En una de esas los chicos... presioné el picaporte y entré: un mozo, de cabello macerado en gel y bigote marmolado, se apuró a darme la bienvenida, y sin más preámbulos comenzó a trazar eses y ochos por entre las mesas como si no pudiera decidir cuál ofrecerme, como si la ubicación de un cliente en una mesa demandara la puesta en práctica de algún riguroso método de selección. Mientras recorríamos las cuatro esquinas del bar confirmé que mis compañeros tampoco estaban ahí.

Solo dos mesas estaban ocupadas: una, por una mujer de abultado cabello rojizo y su hija, y otra por un hombre que, con la cabeza echada hacia adelante y envuelta en sus brazos ¿dormía una siesta? Quise decir al mozo que me disculpara, que en realidad no quería tomar ni comer nada, que solo buscaba a mis amigos, que se habían ido, que me habían dejado sola, pero su amabilidad, su entusiasmo al retirar el asiento y ofrecérmelo, hizo que me sentara, muchas gracias, y pidiera un café. ¿Un café?, dijo el mozo dos tonos de voz más arriba de lo normal, como si le hubiese pedido un kilo de diamantes en una verdulería. Sí, un café, por favor, dije. El hombre dio media vuelta y se alejó entre murmullos que no llegué a escuchar. Me quedé un rato concentrada en el afuera: la tormenta ya había fracturado el cielo y enormes gotas chasqueaban contra el pavimento. Cuando volví la mirada al interior del bar, noté que la mujer y su hija me miraban fijo. ¿Y a estas qué cuernos les pasa? Alcé los pómulos en una fingida sonrisa pero ellas no me sonreían, no se movían, ni siquiera hablaban entre ellas. Algo nerviosa, aparté la mirada y me encontré con que el hombre, ya lejos del sueño y de la siesta, había dado vuelta su silla ¿también para mirarme? Atormentada protagonista de un cuento de Cortázar, comencé a teclear las uñas contra la mesa. Qué miran, qué tengo, quería gritarles, pero en eso llegó el mozo con el café. Sin rastros de la sonrisa inicial, el hombre dejó la taza humeante en el extremo opuesto de la mesa, lejos de donde yo estaba, como si el café estuviese destinado a un

acompañante fantasma. Creo que fue un simple parpadeo de ojos lo que me hizo saltar de Cortázar a Boris Vian: de la nada, el mozo se había sentado a mi mesa, sus nalgas bien desparramadas en una silla de *mi mesa* y, sin prestar atención a mis cejas levantadas, a mis ojos redondeados, a mi boca abierta, había comenzado a tomar *mi café*. Busqué apoyo moral en los ocupantes de las otras mesas, la mínima expresión de un gesto que me afirmara que también ellos veían lo mismo que yo, pero la mujer de la mesa de enfrente, al ver que la miraba, le tapó los ojos a su hija y después ella misma miró hacia otro lado. Le dije al mozo: ¿qué hace?, y no podía decirle otra cosa mientras me asombraba la delicadeza con que él dejaba que el café le mojara los labios, le inundara la boca para después arrastrarse garganta abajo mediante un singular aleteo de lengua contra paladar.

Me levanté para irme, chau, tenía que salir de ahí, alejarme de ese montón de locos, de esa cueva neuropsiquiátrica, de ese día de pesadilla, pero el mozo, su mirada de rayos láser, me dijo: sentate por favor, y lo dijo con un salto en la voz que alejó la frase de la orden para acomodarla en la convicción del ruego. Hipnotizada, volví a sentarme, y entonces el mozo se levantó y se fue. Lo seguí con la mirada mientras él bordeaba el mostrador y le decía algo a la cajera, una mujer de vibrantes ojos azules y bandana en la cabeza, que asintió en silencio y después vino hacia mí. Se acomodó en el lugar donde el mozo había disfrutado de mi café y, sin hablar, fijó los ojos en el fondo de la taza ahora vacía. La levantó de la mesa y la movió unas cuantas veces para variar el enfoque de la luz dentro de ella y estudiar ¿la borra? con precisión. Dijo: un ratón. ¿Qué? Tradujo: un accidente de moto. Ahora sí: un personaje de Philip Dick me estrechaba la mano y me daba la bienvenida a sus renglones. ¿Qué cosa?, dije y ella repitió: veo un accidente de moto. Conté hasta diez. Sí, recién casi me pisa una moto, es verdad ¿lo vio? Digo, ¿lo vio por la vidriera? Se ve pensó que lo mío era broma porque, sin decir nada más, se levantó y se fue. Le dijo al mozo algo que no escuché, a lo que él respondió con una leve inclinación de cabeza.

Uno o dos truenos más tarde, el mozo me acercó un pinche metálico en el que estaba incrustado el ticket del café. Este me está cargando, ¿me estás cargando?, le dije ya sin tratarlo de usted; si el café te lo tomaste vos, ¿qué querés que pague? Me levanté de la mesa y alcancé a dar unos pasos pero el hombre se interpuso en mi camino. Dejame pasar; bajó la mirada al ticket: son

setenta pesos; dejame pasar, te dije; setenta, repitió un tono de voz más abajo, un pseudo eco robótico y metálico; pero si no tomé ni una gota de agua de la canilla, nada; el tipo no me escuchaba, al parecer mis palabras eran burbujas que reventaban en la punta de su bigote; dejame, por favor... Cuando el hombre levantó un brazo ¿para pegarme?, bajé rápido la cabeza y saqué del bolsillo de mi pantalón los últimos billetes que me quedaban. Los arrugué —a mayor consistencia, mayor distancia de lanzamiento— y los tiré lo más lejos que pude. El mozo, jadeante y con la boca abierta, se abalanzó tras los bollos de papel. Ante la atónita mirada de la cajera, y el gesto ¿emocionado? de la mujer y su hija, corrí del otro lado del mostrador, agarré una taza, la llené con el café de una jarra metálica y de un único trago —aunque estaba hirviendo— llevé la bebida directo a mi garganta para, al fin, descartar la taza tambaleante contra la mesada. Leeme la borra ahora, si podés, *mi borra*, hubiese querido decirle a la loca de la bandana, pero, entre espasmos temblorosos, apenas pude buscar la puerta. Volví corriendo a la facultad —el cielo ya seco, limpio de nubes— con el corazón palpitante en la garganta, y en la boca el estimulante sabor de la libertad.

PAJARITOS DE NEÓN

April lloraba a gritos por el juguete de su Cajita Mágica cuando vi por primera vez a la joven que tenía el pulóver roto, como masticado por polillas gigantes, y estaba tan sucia que el pelo, aglutinado en ramilletes, parecía el de las muñecas de lana que son imposibles de peinar. Por cómo reptaba entre las mesas, por cómo andaba encorvada con la mirada vacía, somnolienta, supuse que tendría frío y hambre, aunque no la vi tocar nada de ningún lado, ni siquiera las hamburguesas abandonadas a medio comer.

Mirá si vas a llorar así por un juguete, le dije a April, pero ella no dejaba de llorar, y sus gritos hacían que todos me miraran como si yo fuera la versión femenina de Jack el Destripador. ¿Seguro no querés comer las papitas?, dije mientras ponía edulcorante a mi café. Dale que se enfrían, insistí sin mucho énfasis porque no podía dejar de mirar a la joven, tan delgada, tan frágil, que seguía deambulando por el laberinto de las mesas. Si tenía tanta hambre, y por cómo buscaba entre las mesas debía tenerlo, ¿por qué no agarraba nada, por qué ni siquiera comía las papas fritas que, en la mesa junto a la ventana, un grupo de adolescentes había dejado casi sin tocar?

Si no comés, nos vamos y no venimos nunca más, dije, pero April seguía con el show del berrinche hasta que en un momento una de las chicas del local se acercó a preguntarle por qué lloraba, si quería un globo o una plancha de stickers, y April, Miss Simpatía, le respondió tirándole el juguete, una especie de muñeca con cuerpo de caballo, literalmente por la cabeza. La empleada puso una cara como de quien dice pendeja de mierda, pero no lo dijo. Levantó la muñeca del piso y, restregándose la frente donde tenía el araño del plástico, sonrió. ¿No te gusta esta Chicapony? ¿Querés que te busque otra? Miré a April, que no contestaba. ¿Querés o no querés otra muñequita?, le dije yo; respondé, ¿no ves que la chica te está preguntando? Como April seguía sin

decir nada, pero de pronto había dejado de llorar, miré a la empleada y dije sí, quiere otra, gracias. Después de dejar sobre la mesa la Chicapony que April no quería, la empleada bajó las escaleras hacia la planta baja del local. Ahora comé, querés, que la chica te va a traer otro juguete, le dije a April y levanté mi café de la mesa. Mientras tomaba un sorbo vi que la joven, ahora sentada a una mesa junto a la nuestra, se dedicaba a mirarnos, a mi nena y a mí. ¿Qué miraba? ¿Por qué nos miraba? ¿Acaso miraba la comida? ¿Debía ofrecerle... no sé, mi café?

Por acto reflejo, apoyé el café en la mesa y me incliné para abrazar a April, que me rechazó entre gritos y quejas, y tuve que soltarla. Arrastré un poco mi silla, como para bloquearle la vista a la piba: si quería mirar, que me mirara a mí, pero a mi hija no. Dale, comé, volví a apurar a la nena porque ya quería irme, y April agarraba una papa frita cuando la chica del local volvió a subir las escaleras con cinco Chicaponys distintas para que Miss Berrinche eligiera alguna. April tiró la papa frita al piso y se puso a mirar a las Chicaponys; agarró dos y empezó a pelear con la empleada, que le decía una sola, linda, es una por nena, ¿sabés? Como la joven mantenía la atención en nosotras, saqué la billetera y le di algo de plata a la chica del local para que le trajera una hamburguesa. La empleada, que se había arrodillado para estar a la altura de April, se incorporó, y con el dedo índice en alto volvió a bajar las escaleras. Elegí una que ahora vuelvo, le dijo a April, que ya había abierto la primera Chicapony y empezaba a romper el envoltorio de la segunda.

No, April, la chica te dijo una sola, ¿no escuchaste? April, te lo pido por favor... Cuando la empleada volvió con la hamburguesa quise señalarle a la joven, pero encontré el desconcierto de una mesa vacía. La busqué con la vista, por si había vuelto a pararse, por si de nuevo buscaba no se sabe qué cosa entre las mesas, pero parecía haberse esfumado. Sumé su hamburguesa a la comida de April, todavía intacta en la cajita de cartón, y dije vamos, April, mejor vámonos, con palmaditas en la cabeza para apurarla. April se levantó rápido, con una Chicapony en cada mano, y yo quise pagarle a la piba del local por los juguetes, por favor, decime cuánto es, pero ella dijo no y sonrió un no importa, vayan, vayan.

Camino a la estación del subte, April hablaba con sus Chicaponys en un tono alegre de dibujito animado, sin vestigios de la angustia que hacía minutos había sido capaz de fabricar. ¿Tenés hambre?, le dije a April al bajar las

escaleras del subte, ¿quierés unas papitas? Sin decir nada, ella me miró con unos ojos entrecerrados de te odio, y yo le dije a mí no me mires así, que no soy una amiguita del colegio, qué te creés, y cuando le decía qué te creés vi que alguien, ¿una joven? ¿la misma del pelo pajoso?, bajaba las escaleras como si nada para cruzar las vías hacia nuestro lado del andén. Entre el indiferente silencio de la muchedumbre, reunida ante la línea amarillenta, alcancé a ver que sí se trataba de ella. ¿Qué hacía? ¿Por qué estaba ahí? ¿Por qué cruzaba de esa manera? Ya en nuestro lado del andén, acercó la vista al interior de un tacho de basura y después, sin sacar nada, se sentó en el banco de madera junto a nosotras. De reojo la vi mirarse las manos como si buscara algo, aunque incluso de lejos hubiera podido verse que no tenía nada. Agarré de un brazo a April, porque ella tenía las manos ocupadas con sus Chicaponys, y estaba por acercarme a darle la comida a la pobre joven cuando de la nada apareció el subte, que frenó con su bufido neumático, y April empezó a gritar otra vez. ¿Y ahora qué cuernos te pasa? Por Dios, April, le dije, pero ella seguía a los gritos mientras a mí me subía el termostato de la vergüenza.

Subí rápido al tren, con la cajita de comida en una mano y el brazo de April en la otra. Como estaba repleto, ni siquiera teníamos de dónde agarrarnos, y costó abrirnos paso para encontrar un último sector de caño libre al fondo del vagón. Aunque la comida ya debía estar helada, el olor a fritura, ahí adentro, parecía haberse concentrado. ¿No querés unas papitas?, volví a decirle a April, que no comía nada desde el mediodía y yo empezaba a echarle al hambre la culpa de su mal humor. Ella, que por suerte ya no lloraba, apretó los labios y giró la cabeza a un lado, como para no mirarme, y siguió con eso de no mirarme ni hablarme durante todo el viaje. Ya vamos a hablar en casa, le dije, ya vamos a hablar vos y yo...

Tres estaciones después, en Primera Junta, volví a ver a la joven desde el tren. Estaba quieta junto a un tacho de basura, aunque no lo miraba ni estudiaba como antes su contenido, sino que mantenía la vista fija en la pared. Por momentos, los párpados parecían pesarle, pero cuando terminaba de cerrarlos algo, algún codazo interno, la sobresaltaba y le hacía redondear los ojos para volver a mirar, con fascinación de drogadicto al ver pajaritos de neón, las juntas roñosas de los azulejos. Cuando el tren volvió a arrancar, justo antes de que volviéramos a sumergirnos en la oscuridad del túnel, llegué a ver que la joven corría al lado de la formación.

En la siguiente estación volví a verla. Estaba tranquila, ni agitada ni transpirada, como si hubiera estado ahí desde hacía rato. No sé si fue por la luz, por los tubos que no funcionaban o qué, de pronto la vi demasiado pálida, como a punto de caer desmayada. Bajemos, le dije a April, que según alcancé a ver de reojo había empezado a comer sus papas fritas. Me hubiera gustado decirle ¿viste que tenías hambre?, ¿viste que mamá siempre tiene razón?, pero no dije nada porque ya podía adivinarla mordiéndose el labio inferior de un callate, no te soporto, para después tirar todas las papas por la ventana. Vamos, bajemos, volví a decirle, dispuesta a darle a la joven la comida que le había comprado, y luchábamos por avanzar entre la espesa masa de gente cuando sonó la alarma que anuncia que las puertas están por cerrarse, que el tren está listo para seguir. Agarré con fuerza la mano de April para tironear de ella junto a un urgente apurate, vamos, vamos.

Y se ve que en el apuro, entre el calor y las vomitivas transpiraciones ajenas, la mano de April resbaló de la mía, y mientras yo alcancé a salir del tren con la cajita y una Chicapony en la mano, April se quedó con el otro juguete, del otro lado, adentro del vagón que ya había cerrado las puertas. April, grité, mi hija, mi hija está ahí adentro, gritaba pero nadie parecía escucharme. Nadie salvo la joven, que enseguida se me acercó. Mi hija, mi hija, gritaba yo haciendo señas a la ventana para que April, casi oculta detrás de un hombre de mameluco gris, no se asustara. Mientras tanto, la joven a mi lado movía la cabeza como si asintiera. Tomá, le dije en un momento, y le di la cajita con la comida para que se fuera, y después seguí gritando April, April, mientras el tren se alejaba cada vez más rápido de la estación. Que alguien me ayude, ayuda, paren el tren, gritaba para que vinieran los tipos de seguridad, cuando vi que la joven tiraba al piso la cajita con la comida y de un manotazo me arrancaba la Chicapony de April que yo tenía en la mano. Qué, ¿qué hacés?, le grité, y ella corría. Es de mi hija, devolvémela, decía, y también decía que alguien haga algo, April, mi hija, por favor; mi hija, seguía gritando cuando alcancé a ver que la joven, a lo lejos, se apoyaba contra una pared y redondeaba los ojos para mirar a la Chicapony como si fuera un pajarito de neón, y sonreía, mostrando sus dientes podridos, sonreía.

REBELIÓN DE LOS ENGRANAJES

Abro los ojos sobresaltada, como si hubiera caído al piso tras un tironeo de cuerdas en el que mi rival afloja de golpe la tensión. Los listones de la persiana dejan pasar un anémico claro de luna. Abel ronca, y entre sus ronquidos intercala palabras que no alcanzo a entender. Murmura, jadea, parece como si lo persiguieran, o como si él persiguiera a alguien. Bajo de la cama y me asomo a la habitación de las mellizas: están destapadas; las tapo, le dejo a cada una un beso en el frente. Sus respiraciones son suaves y constantes. Por suerte a ellas no las persigue nadie.

Voy al baño y prendo la luz. Parpadeo para acostumbrar los ojos a la claridad mientras me quedo quieta frente al espejo, mirada de zombi perdida en alguna frecuencia lejana. Me lavo la cara y vuelvo a mi reflejo: los ojos, las cejas, las pestañas, las líneas de los párpados parecen borroneadas, fuera de foco, igual que la nariz y los labios. Vuelvo a parpadear en un esfuerzo por desempañar la vista, por sacarme de encima los restos de sueño, pero sigo difusa. Muevo la cabeza, los brazos, las manos. Me muevo y crujen mis huesos, mis articulaciones, el cuerpo entero, estallidos de angustia de quienes no se sienten parte de un todo, rebelión de los engranajes que ya no quieren estar en mí. No puedo volver a la cama. Mucho menos volver a dormir.

En la calle, el viento tira de mi pelo hacia arriba, hacia abajo, hacia cualquier lado, desordenándolo en su gran experimento de estática. Junto al cordón de la vereda, papeles de golosinas se arremolinan con velocidad de calesita embrujada, y los árboles más jóvenes se doblan al límite de la fractura. El viento empuja y me empuja hacia el lado de la costanera. Cruzo los brazos por delante del pecho, armadura de carne que intenta luchar contra los latigazos del clima, hasta llegar al espigón. Tensada en crestas, la superficie del agua parece teclear un mensaje secreto, y por un momento

pienso en asomarme a mi reflejo, pero no. El viento dice que no y vuelve a soplar. Sopla para apartarme del agua, de casa, de Abel, de las mellizas. Sopla y me empuja hacia la pista de atletismo que se extiende a la par del río; me ubica sobre la línea de largada y después hace que empiece a correr. Sobre el piso irregular y con mala terminación, mi trote es suave y temeroso, lo que apenas me modifica las pulsaciones. Eso al principio; después de un rato, lo mío se vuelve un trote de jadeos perrunos.

En la curva que lleva al puerto, el viento me obliga a acelerar, como ansioso por hacerme alcanzar el otro lado de la escollera. Mis pasos se estiran, cargados de un peso imaginario, y las zapatillas impactan con un sonido grave, dando a mis músculos un choque excesivo que seguro resentirá mis articulaciones. A esta nueva velocidad, y con el piso desparejo, no tengo más opción que fijar la vista junto a mis pies, en lugar de mirar al frente según aconsejan los manuales del buen corredor. Cuando en un momento vuelvo a levantar la vista, veo, a lo lejos, un punto anaranjado que titila, un brillito que se enciende y se apaga como si quisiera saludar.

El punto se mueve despacio, con el trote suave de quien sabe controlar sus movimientos, de quien sabe esperar al que viene detrás. Se estira, de a poco el punto se estira hasta convertirse en línea y, más adelante, en rectángulo, esfera, silueta; estoy tan agitada que, entre un latido y otro, mi corazón busca una pausa mayor a la habitual. No importan, ni la arritmia ni la falta de aire importan mientras acelero todavía más, como imantada al frente.

Logro alcanzarlo, tocar sus brazos, sus hombros, el mapa sudoroso de la remera anaranjada, pero apenas me adelanto unos centímetros para darme vuelta y quedar frente a él, frente a sus ojos, frente a esa mirada que quizás pueda devolverme mi porte, mi peso, mi nitidez, el viento sopla, empuja, golpea de tal forma que logra levantarme del piso.

En el aire, por encima del río, bajo la vista para buscar mi reflejo, pero el sol ya despunta entre rojos y anaranjados, tan intensos que solo dejan ver sus propios reflejos en el agua.

EVELINA

Apenas sonó el despertador salté de la cama. Me puse las pantuflas y tironeada por el sueño repté hasta la pieza de Evelina. Buen día, Evelina, arriba, dije con la voz ronca de Alplax y seguí camino al baño a peinarme un poco estos pelos que, tan temprano, sin ducharme, son imposibles de peinar. Al salir del baño me crucé con Pedro, impecable en su traje, el pelo húmedo por el gel, apurado como siempre. Chau, Pastelito, me pellizó el culo, y yo le sonreí un no me jodas apenas edulcorado con un buen día. Seguí camino a la cocina a enchufar la tostadora y poner la pava en el fuego. Evelina, dale que se hace tarde, ¿te hago las trenzas? Ella no respondió, ni se quejó, ni siquiera estiró las piernas haciendo crujir los resortes del colchón. Con Pedro ya rumbo al trabajo, la casa parecía reclinarse todavía más en el silencio. Evelina, siempre la misma historia con vos, levantate, dije sulfurada pero en un tono de leche tibia, el típico oxímoron del alprazolam. Saqué el pan lactal de la heladera y alimenté la tostadora con dos rodajas en cada boca. Evelina, levantate, la putamadre, dije y al decirlo me arrepentí. Y como todo arrepentimiento viene con cargo de conciencia apagué el fuego, la pava ya tiritaba sobre la hornalla, y fui chancleteando hasta la pieza de Evelina. Eve, dije y golpeé la puerta a ver si así lograba despertarla. Evelina, mi amor, qué te pasa hoy, ¿te sentís mal? Entré a la habitación, desarmé la montaña del acolchado y las frazadas y lo que encontré fue la cama vacía. Al fin se había levantado. Al fin te levantaste, Evelina. Me apuré a ir a la cocina. ¿Preferís manteca o queso blanco? Yo seguía hablando sola, porque Evelina no contestaba. Contestá, Evelina, por qué no contestás. Serví el agua en las tazas y hundí en cada una un saquito de té. Eveliiina, sumé algo de música a la i para suavizar mi incipiente brote psicótico. Con los dedos en forma de pinza, saqué las tostadas y las llevé a la mesa junto a las tazas humeantes. Evelina, ¿dónde

te metiste?, vení a desayunar. Aceleré de una pieza a otra; pasé por el baño, en el que todavía se respiraba el vapor cálido de la ducha, y después fui al living, al lavadero, a la cocina y también al balcón, donde Bradbury, la baba colgando del hocico y cara de gripe en flor, giraba como una calesita intentando atraparse las moscas de la cola. Evelina no está por ningún lado, no está.

Abrí la puerta del departamento y salí. El aliento frío del pasillo me dio en la cara, y un escalofrío saltó a lo largo de toda mi espina dorsal. Evelina, Evelina, de a poco la voz se me aclaraba, dejaba atrás la ronquera para ganar las inflexiones propias de la conmoción. Evelina, Evelina... Nada. En el pasillo, como en casa, solo silencio. Me asomé al pulmón de las escaleras y miré primero arriba y después abajo. Evelina, Evelina... Ya no es gracioso, ¿podés venir? Nada. Di media vuelta para quedar de frente a las puertas de los departamentos, pero todavía no caía en la lógica desesperación de toda madre al saber perdida a su hija. Le toqué el timbre al hippie del segundo B. Los hippies suelen andar despiertos a toda hora, y quizás él la había visto salir o había escuchado algo. Como nadie respondía, volví a tocar el timbre dos veces más. Nada. Segundo B, empecé a golpear la puerta, suaves palmadas que de a poco se volvieron derechazos de nocaut. Segundo B, segundo B, segundo B, no alcancé a un cuarto segundo B que el hippie abrió la puerta. Tenía un mapa de venas rojas en la esclerótica, y unas ojeras verdosas que le combinaban con la aceitosa emulsión de sus ojos; el pelo grasiento le colgaba en ramilletes sobre los hombros. Disculpá que te moleste, dije ansiosa pero a la vez amable y educada, ¿no viste a mi hija, no sabés si por casualidad Evelina...? No alcancé a completar la frase que Evelina se materializó detrás del hippie. Pensé que los ojos se me iban a saltar de las órbitas como en los dibujitos animados. Mi hija, ojeras y pupilas aceitosas igual que el hippie, llevaba una remera de fondo psicodélico en amarillo y rojo, con una caricatura de Jimi Hendrix en escala de grises; apenas le tapaba la línea de la entrepierna y no había que ser ni mago ni parapsicólogo para adivinar que debajo no llevaba bombacha. Cerré los ojos y conté hasta diez, hasta veinte, hasta cincuenta mil, segura de que cuando los abriera ella no estaría ahí si no en casa, mordiendo una tostada o hundiendo una oblea en el té, y la joven de la remera fumada no sería más que la novia yonki del hippie, una flaquita de pecas anaranjadas increíblemente parecida a mi Evelina. Al abrir los ojos me

quise morir: tragué saliva y dije vamos a casa, antes de dar media vuelta para que Evelina me siguiera en silencio, la cabeza gacha, temblando de miedo. Ya vamos a hablar con papá, empecé a caminar hacia nuestro departamento en cámara lenta, intentaba escuchar si sus pies descalzos se sumaban a mis chancleteos y hacían rechinar las maderas del parquet. Al darme cuenta de que no me seguía, giré y volví a enfrentarla; Evelina no solo tenía cara de no entender, sino que ahora sostenía un mechón mugriento del hippie para despejarle el cuello y pasarle la lengua como un gato mientras sus manos comenzaban a bajar hacia el calzón. No, por Dios, esta no puede ser mi Evelina, pensé y hubiese querido gritar pero la mezcla de asombro y vergüenza apenas me dejaba modelar un susurro. El hippie separó las piernas, y estaban a punto de cerrar la puerta cuando me lancé sobre ellos y de los pelos saqué a Evelina del segundo B. Vamos a casa, ya mismo vamos a casa y ya mismo vamos a hablar, gritaba, ahora sí gritaba, la voz cristalina de un señor grito. Evelina se puso a llorar y también a gritar, tanto que salieron los vecinos del C, del D, del F y del G. Que alguien me saque a esta loca de encima, gritaba histérica Evelina, pero los vecinos, muertos de miedo, mantenían sus manos sobre los picaportes de las puertas, cosa de, en caso de emergencia, poder dar un rápido portazo salvador. El hippie, por su parte, se había sentado de piernas cruzadas sobre la alfombra de bienvenida, y se mecía de un lado a otro como si rezara en algún dialecto hindú. Que alguien me ayude, por favor, gritaba Evelina, pero yo la seguía arrastrando. Ya cerraba la puerta de casa, puta de mierda, cuando vi que del G, donde vive el oficial de policía, ese que es tan parecido a Voldemort, asomaba una chica, flaquita y de pecas anaranjadas que, lo juro, también era igualita a mi Evelina. ¿Acaso...? Solté el pelo de la Evelina que me estaba llevando a casa, y que enseguida corrió a sumar sus rezos a los del hippie. Yo seguía con la vista fija en esta nueva Evelina, y aunque estaba cerca achiné los ojos, como las viejas con presbicia que no alcanzan a leer la letra chica; di unos pasos hacia adelante, el brazo estirado para tocar. Evelina, ¿cómo...? Los hippies cerraron la puerta y entonces cerré los ojos, tragué saliva, parpadeé. Vamos a casa, me abalancé sobre la nueva Evelina tratando de arrancarla de los brazos del viejo verde de Voldemort. Evelina, por Dios, te juro que papá se va a enterar de todo esto, te lo juro, vamos. Que me suelte, que me suelte, gritaba esa Evelina mientras yo trataba de meterla dentro de casa, de terminar con el show, y en eso alcancé a ver que otra Evelina, ¿otra Evelina?, de no más de doce años me miraba

asustada junto a la gorda perfumista del departamento C. Miré a una Evelina y después a la otra. Solté el brazo de la Evelina que lloraba en busca de la reacción de Voldemort. Con el entrecejo fruncido, miré hacia el departamento de los hippies, miré a la Evelina del viejo verde, a la Evelina infantil y también a una de cabello platinado a lo Marilyn Monroe que había salido del D, y a otra que se asomaba del F que, Dios mío, tenía un embarazo de más de seis meses. Cerré los ojos y me quedé así un rato; después volví a abrirlos sin saber qué hacer ni qué decir. Cuando al fin pude mover la lengua, esta vez mi letargo ya no era culpa del sueño ni del Alplax, solo pude decir vamos, por favor, Evelina, vamos, y más que una orden era un pedido, un ruego, un rezo, el deseo de que una de las Evelinas quisiera darme la mano y volver a casa conmigo.

CALOR DOLOR RUBOR TUMOR

Calor

Las pocas personas que todavía andan por la calle visten musculosas y soleros de bambula, mientras yo, con la campera cerrada hasta el cuello, tiritó como si estuviese en la Antártida.

—¿Baja, señorita?

Bajo de la combi despacio, sin fuerzas para cargar el bolso hasta la entrada del hotel. Hotel es una forma de decir. Nadie debería llamar hotel a semejante bazofia. Pintura descascarada, paredes rotas con caños a la vista, cables que cruzan el techo de lado a lado como hilos de un Hombre Araña roñoso. Un asco. El mostrador de recepción guarda restos de comida de quién sabe cuándo, y el pasillo que lleva a las habitaciones huele a desagüe cloacal. Lo único que quiero es una cama, y cuando me acuesto, cuando al fin tiro el ancla y cierro los ojos, no me importan ni los resortes del colchón en mi espalda, ni los globos de pintura que amenazan con reventar sobre mí sus hongos de humedad.

Me duermo, aunque no estoy segura de si este limbo de fiebre es dormir. Tampoco sé cuánto tiempo estoy así, porque cuando vuelvo a abrir los ojos, cuando vuelvo a caer en la realidad de este hotel de pesadilla, todo sigue oscuro y en silencio, sin voces, sin pasos, sin autos, sin descargas de inodoros, ni siquiera un grillo. Según el reloj, desde que llegué al pueblo, pasaron apenas tres horas, pero vuelvo a tomar un ibuprofeno y así como estoy, con la campera puesta y toda transpirada, me arrastro hasta el hall de recepción porque, no sé si lo soñé, al entrar me pareció ver un bar o una especie de restaurante.

Sentada a una mesa de plástico mugrosa y sin mantel, pido un té con limón. Me atiende una tipa morruda que debería depilarse los bigotes. No alcanzo a probar el té porque apenas la tipa apoya la taza y un platito de scones sobre la mesa los tubos de luz parpadean y se apagan; todo a mi alrededor se convierte en una completa oscuridad.

Rubor

Cuando vuelve la luz estoy otra vez en la habitación, en la cama, y al lado mío la sombra de alguien que se mueve junto a unos chasquidos de agua.

—¿Mami?

Unas manos estiran un pañuelo húmedo sobre mi frente y siento un roce áspero como de callos. En un flash de lucidez, me acuerdo de la machona del bar.

—Usted... usted...

—Shhh...

—¿Qué hace acá?

La sombra se aleja hacia el baño, o lo que se supone es el baño; escucho un ruido de agua que cae sobre agua y casi al instante la descarga de la cadena. Cuando vuelve, pregunto:

—¿Usted es la señora del bar?

La sombra, al encender el velador, se convierte en un tipo alto y delgado, algo encorvado por la altura, que me mira con gesto de boy scout pero con unos ojos verdes recortados de algún animal salvaje. Me incorporo y el pañuelo de mi frente cae al piso; tiro del acolchado para taparme hasta el mentón.

—¿Estás bien?

Un desastre, una zombi con piel de lija y ojeras mohosas, salida de una película clase B. Debo hacer juego con el hotel, pienso mientras me paso una mano por la frente y me peino con los dedos el flequillo aglutinado por la mezcla de agua y sudor.

—Sí, estoy bien.

Me siento en la cama y una puntada en la nuca mezcla los colores a mi alrededor.

—¿Querés un té o un poco de agua?

—No, yo...

Quisiera decir algo más, aunque solo vuelvo a recostarme.

—Pedime lo que necesites.

Yo asiento, la lengua reseca contra el paladar; él se da vuelta, y bien despacio, como si tuviera viento en contra, avanza hacia la puerta de la habitación. Cuando mi cerebro cachetea a mi lengua para que se mueva, para que despierte, reaccione y salga del modo cámara lenta para preguntar a dónde pido, cómo te llamo, o decir gracias, quién sos, ya es tarde: el tipo abrió la puerta y salió de la habitación. No sé de dónde saco fuerzas para patear el acolchado lleno de manchas de grasa, bajar de la cama, abrir la puerta y gritar:

—Un té, ¿me traés un té?

Ojitos de boy scout, a punto de doblar al final del pasillo, se da vuelta y asiente.

El agua de la ducha tarda en calentar, o al menos yo la siento helada, pero igual entro rápido a bañarme para sacarme el tufo de la fiebre. Cuando salgo del baño envuelta en la toalla, tiritando y con piel de gallina, el tipo ya me espera junto a la cama; sobre la mesa de luz, la taza humeante y un platito con tres scones que parecen caseros.

—Qué ducha de mierda —digo— es como bañarse en una llovizna helada...

Me siento en la cama. El tipo me alcanza la taza de té, que recibo con cuidado de que no se me escape una teta. Despeinada y con gotas que todavía chorrean por mis hombros, tan lejos de la femme fatale que siempre quiero ser, acerco la taza a mis labios y tomo un sorbo, pero el té está tan caliente que lo escupo y salpico la toalla y parte de mis piernas. Lo único que me sale decir es:

—Perdón.

Él niega con un gesto de no importa.

—Vacaciones para recordar... —su voz es áspera y masculina, con un aceitado tono juvenil.

Me río como si el suyo hubiese sido el mejor de los chistes, como si en verdad hubiese sido un chiste, y recién dejo de reírme al ver que él sigue

serio.

—¿Vacaciones? —mi gesto busca complicidad, pero al levantar las cejas una puntada de dolor vuelve a perforarme la cabeza—. No, vine por... un trámite. Vacaciones en un lugar así... no, preferiría quedarme en casa.

Me mira fijo a los ojos, como si quisiera quemarme con su ácido verde, y me encojo para volver a entrar en un recreo del colegio y ponerme colorada como una tonta frente a los chicos más grandes, para peinarme el flequillo y desviar tímida la mirada. Mientras me seco las piernas con una punta de la toalla me doy cuenta de que sigo desnuda; debo estar loca para estar así frente a un tipo que...

—¿Y vos? ¿Vacaciones?

Ahora él deja escapar una risotada como de caballo. Da media vuelta y camina hacia a la puerta. Apoya la mano sobre el picaporte y, antes de presionarlo y abrir, gira la cabeza y me mira:

—Si necesitás algo, pedime lo que quieras —y se ve que pongo cara de que eso no responde mi pregunta, porque enseguida aclara— vivo acá, soy el dueño del hotel.

Calor

Por la mañana pienso en salir corriendo, sin siquiera desayunar; correr hacia la estación, subir al primer colectivo que vaya hacia el lado de la ribera, buscar a Murray, hacer lo que tenga que hacer y después listo, sacar el pasaje y volver a Capital. Pero al salir de la habitación lo que hago es buscar a Ojitos por todos lados. Lo busco en el desayuno, por los pasillos, en el hall de recepción. Debería agradecerle, o al menos pedirle disculpas. Aunque en realidad es él quien debería disculparse por esta mugre de... Me acerco al mostrador, donde encuentro a la misma pelirroja con granos que ayer tardó mil años en hacerme el check in.

—Buen día, ¿en qué puedo ayudarla?

Genial. No me tutea, debo seguir con cara de puta añejada por el vicio.

—Busco al dueño.

Se ríe.

—¿Vos también?

—¿Yo también qué...?

—Todas lo buscamos —me guiña un ojo.

Genial.

—Quiero presentar una queja —digo para tomar distancia de todos los gatos que deben ronronearle.

La chica saca de no sé dónde un cuaderno de tapas duras, que parece un cuaderno de comunicaciones de primaria; lo abre en una página cualquiera, lo da vuelta y sobre el papel apoya una birrome.

—Anote acá, por favor.

Empujo el cuaderno hacia adelante, como para devolvérselo.

—No, yo quiero *hablar* con el dueño del hotel.

Otra sonrisita de cotillón.

—El señor no se encuentra en este momento.

Apoyo las manos sobre el mostrador, como si con eso pudiera ejercer algún tipo de presión.

—¿Y cuándo lo puedo encontrar?

—El señor... salió. Y cuando él sale... puede tardar días, semanas en volver.

—¿Y si me averiguás cuándo vuelve? Es urgente... —genial, ahora sí mi *urgente* me une a la fila de putas en lista de espera.

—No, no se puede molestar al señor cuando...

Detrás de la chica se abre una puerta, que supongo da a una oficina, y de ahí veo salir a Ojitos.

—¿Quién me busca, Cely?

—Señor, yo... disculpe, no quería molestarlo... —dice la chica, con los rojos de la vergüenza en sus mejillas.

—Pensé que se había ido —le digo a la granuda con un tono de te gané, idiota.

—Estaba por salir —Ojitos la defiende y me mira, sus ojos de tigre hacen juego con su chomba de piqué—. ¿Seguís sin agua caliente?

—Yo... no, yo solo...

Un estallido como de vidrios rotos hace que él mire hacia adentro de la oficina, y con un gesto de estar acostumbrado diga:

—Dejá, Toto, vení, vamos.

Casi al instante, un nene de no más de cinco años sale de la oficina y corre a abrazar a la pelirroja, que lo recibe con un beso y cosquillas en el cuello; el nene, que suelta una carcajada fácil y sincera, me mira como diciendo *quereme* y entonces veo que tiene los mismos ojos verde neón del que sin duda es su papá.

—Vamos para la zona de Ribera Alta —Ojitos me mira y quedo colgada de las lianas de sus ojos—, lindo lugar para descansar; si querés, te llevo.

Una especie de escalofrío acelera por todo mi cuerpo; pienso en Murray, miro a la granuda que hierve de envidia y sonrío un:

—Dale, gracias.

Dolor

Un caminito angosto, sinuoso y lleno de pozos a pesar de los carteles que insisten en llamarlo Gran Avenida de La Ribera. De vez en cuando pasamos alguna chacra con pastizales amarillentos, enfermos del hígado, moribundos. El resplandor del agua se interrumpe por camalotes verde oscuro que vuelven el río un mapa de mugre. Como si me hubiera leído la mente, Ojitos me dice:

—Peligroso el camalotal, trae mucha víbora, arañas, alacranes y otros bichos.

—Qué lindo, y yo que pensaba tirarme a nadar un rato...

—Ahí en el Alto podemos, si querés —gira la cabeza hacia el asiento de atrás— ¿no, Totito?

Toto no contesta porque duerme, y yo asiento en silencio; el verbo en plural no me pasa inadvertido. Sobre la costa se ven algunas casillas abandonadas que parecen a punto de caer al agua.

—Esas están vacías. Cuando vienen los camalotes, las familias se autoevacúan, se van a casas de parientes. Dejan todo y se van.

Me pregunto si algo así habrá pasado con la mamá del nene, pero no me animo a preguntarle nada. Él habla. Sin que yo pregunte, él habla. Me cuenta que una vez tuvo que dar refugio a casi todo el pueblo, y cuando descubrieron que los bichos del camalotal se estaban metiendo por los desagües tuvieron que desalojar el hotel, o más que el hotel, el pueblo entero. También me cuenta que en el pueblo no suele haber robos ni asaltos, y que no está bien vista

ninguna clase de ostentación. Dice que la ostentación es contraria a la verdadera riqueza, y que la ostentación, como el engaño y la envidia, son capaces de incendiar, no dice encender, el motor de la venganza. No tomé el ibuprofeno y ahora me estalla la cabeza; más adelante, cuando dice que en el pueblo todos se jactan de ser ricos, yo asiento en un silencio incómodo que se estira durante el resto del viaje. Me pregunto si Ojitos conocerá a todos los que viven en el pueblo, si también conocerá al hijo de puta de Murray.

Calor

Llegamos a una casa de estilo victoriano, cuyas paredes blancas impecables parecen recién pintadas. Un juego de sofás con capitoné y alfombras orientales delimitan el porcelanato; los ventanales dejan ver el espeso jardín que rodea la casa, y que a la vez la oculta de cualquier mirada entrometida; de fondo, a lo lejos, alcanzo a ver el caudal del río. Toto, fresco y vivaz, corre hacia una puerta y al abrirla descubre una escalera que conduce a una especie de sótano. Ojitos se apura a decir:

—No tardes, Totito...

Después me mira:

—¿Malla tenés?

Ni la cartera, ni el celular, ni siquiera tengo la billetera con los documentos, que en el apuro dejé en el hotel.

—Creo que no.

—Cierto que no viniste de vacaciones.

—No —le sonrío como idiota y él se estira para acomodarme un mechón de pelo detrás de una oreja.

—Viniste a hacer un trámite, ¿no?

—Sí.

—Bueno, un día de descanso no viene mal.

Me acaricia una mejilla con el dorso de la mano, después la da vuelta para apoyarla sobre mi frente y sentir la temperatura. Un escalofrío trepa por mi espina dorsal.

—Vamos —mueve la cabeza hacia las escaleras y, en un impulso que abre las compuertas de la adrenalina, me toma la mano para que lo siga— arriba

seguro hay alguna de tu talla.

Qué asco, pienso al subir las escaleras, ponerse una malla de otra, ¿a quién se le ocurre? Abre la puerta de una habitación y, sobre la cama, tres mallas de igual modelo, enteras, lisas; una azul, una violeta, una blanca, las tres con etiquetas que demuestran que nunca antes fueron usadas.

—Elegí la que más te guste.

—Yo... no sé... gracias —vuelvo a sonreír como una estúpida, sin animarme a preguntar por qué tiene mallas nuevas de mujer.

Él asiente y cierra la puerta. Me quedo quieta como si un Gran Hermano estuviera por hundir la mano en su calzoncillo para masturbarse, y a mí desnudarme me diera terror. La habitación, de empapelado floreado y sin cuadros, tiene buena luz natural; junto a la cama, en una mesa redonda para dos, una cesta con manzanas rojas. Me asomo a la ventana abierta, esquivando las cortinas que flamean livianas: Toto, ya en el jardín, se da vuelta de pronto y, como si supiera que lo estoy mirando, alza la vista y me saluda. Le devuelvo el saludo, cortito y sonriente, y después, con mareos y nuevas puntadas de dolor en la cabeza, me aparto de la ventana. Aunque otra vez debo estar hirviendo de fiebre, me desvisto y me pongo una malla.

Ya frente al río, Toto se zambulle primero y Ojitos salta detrás. Apenas vuelve a sacar la cabeza, se pasa una mano por el pelo mojado y me señala:

—¿Vas a estrenar la malla?

Asiento más por compromiso que por convicción, como si decirle que sí fuera una deuda, un deber; como si, después de mis insultos a su hotel, le debiera una página entera de síes.

—Sí —digo mientras revoleo una expresión de cansancio.

Mi estómago cruje y pienso en las manzanas de la habitación. En las manzanas y en Murray, en que debería aprovechar para ir a buscarlo; la posada no debe estar lejos de acá, pero no puedo ni moverme, otra vez esta necesidad urgente de almohada y horizontalidad; el sol arde con furia, y apenas tengo fuerzas para acomodarme debajo de la sombra calada de un ombú. Cierro los ojos, parpadeo, vuelvo a abrirlos, Toto salpica a Ojitos, que reacciona y grita:

—¡Carrera hasta el pedregal!

Y yo los veo empequeñecer mientras se alejan con expertas brazadas que los alejan de la orilla. Mi estómago vuelve a quejarse y pienso otra vez en las

manzanas, en las ganas que tengo de comer una, en esta sed poderosa, insistente, pero me digo que no, que después, y vuelvo a cerrar los ojos.

Tumor

Inesperados sacudones me arrancan del sueño en el que estaba, ese limbo cálido y mullido donde las imágenes, los sonidos, los perfumes se conectan al azar, donde los deseos se cumplen sin que una tenga que pedirlos.

—Qué...

Quien sacude sigue sacudiendo sin decir nada. Parpadeo y abro los ojos: frente a mí, con el pelo aplastado por el agua, Toto llora. Me incorporo, enderezo la espalda.

—Qué pasa... —digo con la voz ronca de la fiebre, que debe haberme subido todavía más.

Llora.

—¿Y papi? ¿Dónde está papi Ojitos?

Se encoge de hombros, con lágrimas en flujo continuo.

—¿Qué pasó? ¿Pasó algo?

Miro a un lado y a otro, el sol rebota en el río con una potencia enceguedora; junto fuerzas, me levanto. Parpadeo mientras, con la mano como visera, miro hacia el ombú y más allá, junto a los lapachos; busco a Ojitos por el camino a la casa, por el pedregal, en la superficie del río apenas ondulada por la brisa de la mañana.

—¿Se fue? ¿A dónde?

El sol me hace parpadear y entrecerrar los ojos, y yo me aferro al nene con un miedo repentino, como si uno de mis parpadeos también pudiera hacerlo desaparecer a él. El nene, por su parte, no dice nada; llora y me mira con su expresión de *quereme, quereme*; después, se abraza con fuerza a mis piernas.

Dolor

Prefectura lo busca por el delta, mientras a Toto y a mí nos prohíben salir de la casa. Pido por favor que nos lleven al hotel, porque ahí tengo los documentos, el celular, mis cosas, están las cosas del nene, pero me dicen que

no, que imposible, que puede ser peligroso, que durante la búsqueda nosotros mejor nos quedemos acá. Les pido que al menos me presten un teléfono para llamar a mamá, así no se preocupa si no la llamo en varios días, y ellos se ríen, acá en el medio de la nada qué va a haber señal. Les pido también algunos ibuprofenos, pero gracias que nos alcanzan frutas y unas latas de conserva. Un oficial con bigote marmolado nos tira un mazo de cartas y unos crayones de colores. Me sorprende que dejen al nene conmigo, que no se lo lleven con algún familiar, a algún refugio, qué sé yo... Lo dejan acá conmigo, con esta fiebre que apenas me deja fuerzas para cuidarme a mí misma.

Pasa una semana antes de suspender la búsqueda, y Bigotín viene y nos anuncia que podemos salir, que si quiero nos lleva al centro, al hotel, a nuestra vida. En el camino, me cuenta de los rumores. Porque, dice, eso es lo único que tienen los investigadores, un montón de rumores y nada más. El más insistente dice que Ojitos, que en realidad se llama Juan de Vera, se fue del pueblo con una mujer de veintipico, que habría parado unos días en su hotel y lo habría tentado con una vida llena de lujos y ostentación. La descripción de la mujer, hecha por vecinos y por personal del hotel, coincide conmigo, así que cuando al fin llegamos al centro lo que recibo son miradas de reproche y desconfianza.

Apenas nos ve bajar del patrullero, Cely deja su lugar en la recepción para cruzar el hall de entrada y abrazar a Toto; trata de llevárselo a la oficina, alejarlo de la secuestradora asesina serial, que vendría a ser yo, pero el nene se niega a soltarme la mano. Cely, como ofendida, vuelve llorando a su lugar detrás del mostrador. El oficial me dice que lo cuide, y no entiendo por qué justo yo tengo que seguir ocupándome de él. También me dice que no me vaya del pueblo, que en una semana seguro me van a tomar declaración. Digo que sí a todo y me despido, apurada por ir a la habitación a buscar la cartera con los documentos, el celular, y llamar a mamá. Aunque revuelvo todo, la cartera no está por ningún lado, y en recepción Cely me dice que siga buscando, que las carteras no tienen patitas, que en algún lado tiene que estar. También dice que si no me ofrece su teléfono es porque hace casi una semana que en el pueblo están sin tono ni señal.

Mudo mis cosas a la suite principal, que en realidad son dos habitaciones comunicadas, iguales de horribles y roñosas que la mía pero con hidromasaje que no funciona y lcd, y pienso en Ojitos, qué le habrá pasado a Ojitos, y

también pienso en mamá, en Murray y en lo difícil que me va a resultar llegar hasta él con la policía encima.

Después de unos días de pericias técnicas, Bigotín trae al hotel la Chevrolet de Juan. Me deja las llaves a mí, no a Cely ni a la machona del bar sino a mí, y por cómo me mira pareciera querer decirme algo, pero solo puedo pensar en lo bien que me viene la camioneta para volver a la zona de la ribera y entonces me despido rápido de Bigotín sin darle pie para extender la conversación. Quisiera dejar a Toto con Cely, aunque no logro que el chico se despegue de mí ni un segundo. Podría dejarlo en la casa linda de la ribera; si compro un jarabe de Benadryl podría dejarlo ahí dormido mientras me ocupo de buscar a Murray.

Rubor

En estos días voy con Toto de la mano a todos lados, paseando como en vacaciones: del museo Histórico al de Bellas Artes, del Bellas Artes al Parque de los Milagros, del parque a la farmacia, de la farmacia a la Plaza de los Artesanos, de la plaza a los videojuegos, y así. Bajo el efecto del ibuprofeno puedo andar como si nada. Hasta me animo a ir a la zona del muelle, a ver cómo pescan los que van a pescar, y también a la casa galesa de té cerca de la ruta. El nene es un amor: siempre dice que sí a todo sin quejarse y camina conmigo a la par.

Un miércoles, en el mercado de frutas, me tientan unos duraznos carnosos, de espeso aroma dulzón. Los elijo y se los doy a la puestera para que los pese y me cobre. Mientras espero el vuelto, veo que Toto no está; no está al lado mío, no está por ningún lado, no está. Me doy vuelta, el corazón a mil por hora, hasta que lo encuentro del otro lado del pasillo, semiescondido detrás de una pirámide de naranjas. Habla con alguien; desde donde estoy no alcanzo a escucharlo, pero lo veo mover la boca y gesticular. Por momentos sonrío. Camino hacia él, porque desde donde estoy tampoco alcanzo ver con quién habla. ¿Se habrá encontrado con algún amiguito? ¿Con Cely, con Bigotín? Ya más cerca veo que sigue la conversación y trato de escuchar, pero una chica, de no más de veinte años, tetona y con short a cuadros, me acerca su aliento a chicle globo.

—Devolvé a Juan.

La miro con cara de sí, esperará un segundito que ya lo saco de la cartera.

—No sé de qué hablas —le digo y la aparto para seguir hacia donde está Toto.

—No te hagas la inocente, que bien puta...

Le dedico una mirada de te miraste al espejo y después me apuro hacia donde está Toto, que anda a las carcajadas, pero cuando me acerco, cuando busco ver con quién está, lo encuentro solo, sin nadie alrededor, completamente solo.

—¿Con quién hablabas?

Como respuesta me mira y se abraza fuerte a mis piernas. Es un dulce; pobrecito, debe extrañar tanto al papá...

Dolor

Espero hasta el sábado, el día que más movimiento tiene el hotel, para subir a la camioneta y, con Toto, enfilarse hacia la zona de Ribera Alta. El nene no parece muy contento con el viaje, pero no se queja, Totito nunca se queja, y apenas agarro la avenida junto al río, se duerme y empieza a roncar. Si mal no recuerdo, la posada de Murray estaba en la entrada de la Reserva Natural en Cambá o Tambá, algo así. La ruta solo tiene asfaltado el inicio, y el acceso es un camino de tierra y arena apenas transitable si no llueve. Al llegar, un cartel de bienvenida tallado en madera resalta palabras como turismo sustentable y educación ambiental, biodiversidad y ecosistema de los humedales, ecoposada y observatorio de vida silvestre. Hoy no llueve, ni llovió ningún día de esta semana, pero el camino está convertido en lago y no me queda más opción que dar marcha atrás. En el camino de vuelta al centro, pienso en Murray y se me cruza una linda idea que incluye un paseo entre el camalotal.

Calor

Martes, no quiero esperar al otro sábado, segundo intento. Dejo la Chevrolet en marcha y bajo a buscar a Toto, que no sé dónde está, por qué no viene. Al entrar al hall, Cely me fulmina con su cara de fea resentida por la vida, y cuando le pido que me ayude a buscar al nene ni se mueve.

—¿No estaba con usted, señorita? —la muy forra ni me tutea.

—No, en la mochila no lo tengo, y la cartera sigue sin aparecer, así que...

No responde, ni se ríe como podría reírse con Ojitos, ni se mueve; baja la vista hacia una planilla de check in y la lee como quien lee la Biblia.

—Gracias.

Voy directo a la suite presidencial, quizás Toto tuvo ganas de ir al baño, se olvidó algo o... ¿ya le habrá hecho efecto el Benadryl? Antes de abrir la puerta, escucho la voz finita del nene y me paralizó. Escucho síes y noes que intercala con repentinos silencios. En una de las pausas, me decido y abro rápido para sorprender a Toto y a quien sea que esté con él. Cuando entro, cuando voy de un rincón a otro revisando placares y cajones, incluso baños y bañaderas, encuentro la sorpresa de la habitación vacía.

Otra vez en el pasillo, vuelvo a escuchar la voz de Toto. Sí, no, sí, no y algún que otro yo también. Avanzo despacio mientras me acerco a las puertas de las habitaciones tratando de adivinar de dónde viene su voz. Y así estoy hasta que escucho carcajadas que rebotan por el eco del pasillo. Me doy vuelta: nadie. Se ríe, vuelvo a darme vuelta: nadie. Doblo al final del pasillo: ahí tampoco nadie. Como guiada por un sexto sentido, vuelvo a mirar hacia el pasillo anterior, y voilá, ahí lo veo. Me acerco un poco; sí, es él, casi escondido detrás de la puerta semiabierta de una habitación: habla, sonrío, mueve un pie como si hiciera jueguito con una pelota imaginaria.

—Toto, qué hacés, te estuve buscando por todos lados...

El nene sigue en su mundo y en su conversación. Me acerco a él con pasos cortos pero apurados; la goma de mis zapatillas hace un ruido de pájaro agonizante.

—Dale, Totito... Si no me voy sola y te quedás con Cely, ¿preferís?

Toto abre los brazos mientras se inclina hacia adelante, como si abrazara. Y por un momento tengo la sensación de que quien sea que esté ahí con él va a llevárselo antes de que yo pueda alcanzarlo.

—¿Venís o te quedás con la bruja de Cely?

Lo agarro de un hombro, y el nene se mueve para que lo suelte pero no lo suelto.

—Vamos, Toto, qué te pasa hoy...

Con un pie empujo la puerta y alcanzo a ver que Toto en verdad abraza, y

que abraza nada menos que a Ojitos, a Juan de Vera, su papá.

Calor

—¿Seguro que acá adentro hay señal?

Bigotín asiente y se apura a cerrar la puerta. Escucho cómo hace girar la llave dos veces, y también escucho pasos que se alejan mientras marco el número de mamá. Tarda en agarrar tono y llamar, pero apenas suena mamá atiende. Le digo que estoy bien, que acá no siempre andan los teléfonos, que por eso no pude llamar antes; ajá, dice y hace un silencio para que le diga lo que más quiere escuchar. Que no, le digo, que todavía no, que lo de Murray se complicó un poco y que no sé, que quizás deberíamos dejarlo para más adelante, ¿debería volver a Capital? Digo, qué sé yo... Escucho un ruido que suena a cañerías y eructo, y después nada más, silencio. Mamá no dice nada, y no sé si es mejor o peor que no diga nada pero chau, me apuro a decirle; chau, má, nos vemos en Capital. Corto la comunicación y golpeo la puerta de esta especie de depósito.

—Listo, oficial, gracias...

Bigotín no me escucha, nadie me escucha ni viene. Nadie viene, por qué nadie viene. Abran, abran, ahora grito y empiezo a temblar; acá adentro hace un frío de heladera, abran, vuelvo a marcar el número de mamá, pero al marcar el número veo que el teléfono ya no tiene ni una barra de señal.

Rubor

Despierto en lo que parece una sala de primeros auxilios.

—¿Dónde...?

Ojitos me acerca un vaso con agua.

—Tomá, tomá un poco...

Me sostiene la cabeza y yo tomo un poco de agua. Despacio me ayuda a sentarme.

—El médico dice que vas a estar bien.

—¿Médico?

—Que lo tuyo no es más que una leve inflamación.

—¿Inflama... ción?

—Dice que tenés todos los síntomas, quizás algún virus...

—¿Síntomas?

—De inflamación —alza el pulgar, el índice y otros dos dedos a medida que enuncia— calor, dolor, rubor, tumor...

—¿Tumor?

Veo un perchero con varios delantales blancos, una bandeja metálica con jeringas usadas, un estetoscopio, un tensiómetro con el brazaletes roto, como mordido por polillas gigantes.

—Vamos —me mira fijo—, yo voy a cuidarte.

Mientras me ayuda a levantarme noto en su mirada, en el fastidio de sus palabras, algo rígido y pesado, que nada tiene que ver con el afecto o la amabilidad.

Dolor

Adormecida, como dopada, alcanzo a ver que vamos rumbo a la zona alta de la ribera. Quisiera preguntarle a Juan qué pasó, qué le pasó a él, por qué desapareció así, pero la lengua seca, pesada, como bajo el efecto de algún narcótico, no me obedece. Apenas logro decir:

—¿To... to?

Ojitos no me responde, la mirada fija en la ruta. Aunque un mal presentimiento me atraviesa el cuerpo, cierro los ojos, hipnotizada por el vaivén de la camioneta, y me entrego a la tibieza del sueño.

Tumor

La oscuridad flota por igual de los dos lados de mis párpados, y abrir los ojos es como si no los abriera. Apoyo la frente en las cerámicas de la pared hasta que dejo de sentir el alivio del frío. *Calor, dolor, rubor, tumor*, vuelven las palabras de Ojitos a mi mente, y parpadeo para acostumbrar mis ojos a la oscuridad. Me arrodillo y, con un doloroso esfuerzo, me incorporo. Camino tambaleante con los brazos estirados, las manos que buscan tantear, hasta que tropiezo con algo que parece de metal y mis pies descalzos se ensucian con

restos pegajosos, como de pegamento aunque no tan adherente. Para limpiarme levanto la pierna, pero pierdo el equilibrio y caigo sobre un colchón de piezas duras, crujientes, que me raspan; algunas se me incrustan dolorosamente en las rodillas. Vuelvo a levantarme con una sensación de asco ácido en la garganta, y después de haberme sacudido y limpiado, repito la caminata de brazos estirados hasta el lugar donde, supongo, estaba sentada recién, y vuelvo a sentarme.

Por un instante se me cruza la idea de estar dentro de una pesadilla, pero por cómo me duele el cuerpo, por los chuchos de frío, los mareos, entiendo que estoy despierta; tanto sufrimiento no puede, en un sueño, parecer tan real. Otro flash arrastra por mi mente la imagen de las manzanas, lo que revive en mí el recuerdo de la sed. Apenas puedo despegar los labios. Ubico la lengua entre mis dientes y me muerdo para salivar. Y así estoy, intentando tragar saliva, cuando escucho pasos y alguien que habla.

—Quié... —mi voz es un impulso que se pegotea entre mis cuerdas vocales.

Alguien gira una llave, dos vueltas, y un cono de luz se abre cerca del techo; otra vez enceguecida, cierro los ojos, parpadeo, parpadeo...

—Quién es...

Este alguien se mueve, se acerca. Parpadeo.

—¿Mam... mami?

Tenés que encontrar a Murray, escucho y asiento, encontrarlo y hacerlo mierda, hija, es por tu bien.

—Si estoy acá adentro, qué puedo hacer acá... —digo.

Mamá baja las escaleras y empiezo a oler su perfume de violetas. Estiro los brazos para abrazarla y que me abrace. Lloro un:

—Mami, mami...

Y me incorporo; estiro los brazos, pero cuando estoy por abrazar, la luz ilumina su cara y veo a Ojitos, sus ojos verdes que brillan en la oscuridad. Quiero preguntarle qué hizo con mamá y dónde estoy, qué hago acá y por qué, por qué, pero algo vuelve a trabarse en mi garganta y lo único que logro sacar es una arcada hija de la tos. Me acuerdo del nene, de cómo lo atendí, de cómo lo cuidé como si fuera propio cuando Ojitos se fue, cuando estuvo vaya una a saber dónde, y por qué, si yo lo cuidé, él...

—¿To... to?

Ojitos me acerca un plato de metal con lo que parece un sándwich, y aunque no tengo hambre, solo sed, lo agarro.

—Toto ya no te quiere.

—¿Ya no...? ¿Él...?

—Aunque por las dudas...

—¿Por las dudas?

Se da vuelta y, sin decir más, sube las escaleras y sale con un portazo que me sobresalta. Otra vez me quedo en esta oscuridad incomprensible, y mientras parpadeo para recuperar visión pienso en mamá y en el hijo de puta de Murray, en Toto y en la cesta de manzanas, en cómo quisiera ahora una manzana, y de nuevo en Toto, que ya no me quiere. ¿Cómo es que ya no...? Yo sí lo quiero, quién podría no querer a esta dulzura de nene. Parpadeo, y mientras parpadeo me aferro a Toto con un miedo repentino, como si en uno de mis parpadeos pudiéramos desaparecer, él y yo, los dos, para siempre.

LA HUMEDAD DE LA CULPA

Sin abrir los ojos extendiendo una pierna y busco el calor de Isidoro, pero solo encuentro la fría caricia de las sábanas. Me incorporo de un salto: el silencio, sumado a la penumbra de una tormenta inminente, le da al amanecer un aire de madrugada. Me levanto de la cama y voy al baño, y del baño repto a la cocina, de la cocina al living y del living a la biblioteca, donde encuentro a Isidoro sentado frente a la computadora. Mantiene la espalda recta, las manos sobre el teclado, las pupilas fijas en algún remoto píxel de la pantalla; la camisa de estampado escocés le cuelga como a una percha. Buen día, le beso una mejilla pero él ni se inmuta; buen día, me autorrespondo con una fingida voz de hombre. Vuelvo a la cocina a preparar el desayuno: té con leche, tostadas con manteca y miel, tazón con cereales. ¿Venís a desayunar? Silencio. Respiro hondo y ubico los recipientes sobre una bandeja que le alcanzo a la biblioteca. ¿Azúcar?, pregunto, aunque hace casi una semana que hago la misma pregunta y también hace casi una semana que no obtengo ni la más mínima respuesta. ¿Dos o tres cucharadas? Nada, Isidoro no dice nada, y entonces cuento una, dos, tres, y al final agrego una cuarta, si total a vos te gusta dulce, ¿no? Nada, él no asiente, no niega, no se mueve, ni siquiera pestañea. Las manos siguen fijas sobre el teclado, y las pupilas en su píxel lejano. Dale, Isidoro, agarrá, querés. Vuelvo a respirar hondo antes de cargar té en la cuchara y después, con manos temblorosas, descargo el líquido entre sus labios; no prueba, no saborea, ¿no traga? Parte del líquido resbala un camino por su mentón, su cuello, y sigue por el pecho camisa adentro. ¿Preferís una tostada? Silencio. Le acerco una a modo de avioncito: a ver cómo abre la boquita, lindo zombi de mamá... ¿Bajo a comprar medialunas? Nada, nada, nada. Me rindo con el té, las tostadas y las putas medialunas. Vuelvo a la cocina y tiro todo, bandeja incluida, en la piletta. Vuelvo a la biblioteca y me acerco hasta quedar frente a

él. Aplaudo con fuerza a tres dedos de sus ojos, a ver si la sorpresa... Parpadea, sí, eso creo. Parpadeó, o quiero creer que parpadeó, y confirmo que no está dormido. Ni muerto. Aunque desde hace poco más de una semana parece más cercano a la muerte que un muerto de verdad. Tierra llamando a Isidoro, Tierra llamando a Isidoro, intento unas cosquillas en busca de contracciones musculares, dientes, hoyuelos, pero mis dedos rebotan en la rigidez que lo mantiene en su galaxia lejana. Isidoro, por favor, decime algo. Empiezo a sacudirlo de los hombros. Por Dios, Isidoro, ¿hasta cuándo vas a seguir así? ¿Eh? ¿Hasta cuándo? Hablame, grito, y en la espuma de la desesperación se me escapa un cachetazo que él recibe sin alterar el ritmo cardíaco. Mirá que no paro, eh, hasta que no me digas algo no paro, le digo y sumo, con algo de ¿placer? pellizcos, tirones de pelo, uñas, dientes, y ya me siento capaz de redondear los puños cuando veo que en sus mejillas asoman tímidos renglones de sangre. Por favor, Isidoro, hablá, de una vez por todas hablá, le digo y me dejo caer hasta sentarme junto a sus pies; aprieto los párpados, arrugo la frente, fuerzo unos pestañeos pero no logro soltar una lágrima. Dale, Isidoro, si me decís... ¿O no confiás en mí? ¿Ya no me querés? Está bien, si no me querés más, no me querés más. Igual podés hablarme, ¿no? Decime, dale, ¿no me querés más? Es verdad que estoy unos kilitos arriba, pero si vos me lo pedís, te juro y te rejuro que me anoto en un gimnasio y listo, en un mes, qué digo un mes, en quince días vuelvo a tener los abdominales de una pendeja, igual que cuando... por Dios, es eso... ¿Tenés una pendeja? ¿Por eso estás todo el día acá sentado? ¿Se mandan mensajitos de amor los tortolitos? ¿Le mandás esos poemas cursis de Neruda como me mandabas a mí? Claro, seguro aprovechás mientras yo... Vuelvo a mis parpadeos, pero nada: ni fuerzas para llorar. ¿Quién es? Decime quién es, quiero saber. ¿La conozco? Dale, cambiá esa cara de boludo y hablá. O no, dejá, no digas nada, que yo solita puedo averiguar quién... y te juro, Isidoro, yo te juro que cuando la agarre, cuando averigüe... uno por uno le voy a arrancar los pelos, ¿me escuchás? En serio, Isidoro, es mejor que me digas vos porque te juro que la busco. Los pelos y los dientes. O mejor le mando a los borrachos de la estación y... ahí está, le mando a los borrachos de la estación a que le arranquen los pelos y los dientes y después... ¿Me vas a dejar? Puta madre, tiro de un parlante hasta desenchufarlo, y después lo arrojo contra la pared. Isidoro se mantiene sólido en su postura, en su mutismo, en su desplante, con la máscara de la indiferencia bien atornillada. No me digas que es una de mis

amigas porque... ¿Es Clarita? ¿Elena? ¿Marcela, Elisa? ¿O es la esposa de algún amigo tuyo? ¿Selva, Juliana? No, qué te vas a cepillar vos a... Pará, dijimos que era una pendeja, así que... Por Dios, no me digas que es una de tus alumnas... ¿Moviste los ojos? Así que una pendeja de la facultad te hace mover los ojos... Cómo no me di cuenta antes... Claro, una Lolita con culo de fierro y tetas de... pateo la pared y la puta silicona de la juventud. ¿No te da vergüenza? Lo miro fijo, me ubico frente a él hasta verme a mí misma en el reflejo de sus pupilas. No, qué te va a dar vergüenza a vos... Me acomodo sobre su falda, encastro mi cuerpo al suyo. Decime: ¿qué tiene esa que no tenga yo? Nada, Isidoro no se mueve, ni siquiera me llega el vapor de su aliento al respirar. ¿Querés una pendeja? Yo te voy a dar una pendeja, digo y le imprimo un beso que sus labios absorben sin resistencia. Debe ser apenas un segundo, una milésima de segundo, pero siento que algo en él ¿reacciona? Tanteo su entrepierna y, alentada, le digo ¿reviviste, papito?, y corro a la habitación para dar vuelta el cajón de la lencería. Revuelvo: un babydoll de encaje abierto al frente con colaless haciendo juego, un bustier fucsia con apliques de cuero, un camisolín de seda, un corset de satén; no, no, no y no. Tiene que ser algo distinto, algo que lo reviva o lo mate de una buena vez, pienso, y en la cresta de la ocurrencia se me escapa una carcajada. Voy al baño y abro el aparador. Revuelvo, ahí también revuelvo: un envase con aceite de almendras, un gel para masajes sabor chocolate, el kit de pintura corporal; no, no, no... hasta que encuentro el paquete del algodón. Perfecto: con el pegamento para uñas postizas me incrusto tres pompones de algodón. Tres graciosos, pero anémicos, pompones que apenas cubren mis partes. Le sonrío al espejo y me apuro a volver a la biblioteca. Mirá, Isi bombón, mirá lo que mami zombi se puso para vos, le digo y le beso el cuello mientras empiezo a desabrocharle el pantalón con una mano. ¿Jugamos al muertito? Dibujo un camino de besos que arranca en la mejilla y sube hasta la frente por la nariz, después baja por un costado hasta morder el lóbulo de la oreja y continúa por el cuello torso abajo. Besos, caricias y espiraciones tan volátiles como infértiles. Claro, seguro que con la pendeja... alzo la vista hacia sus ojos, me incorporo. ¿Me querés decir qué miércoles mirás? Sigo el hilo imaginario que nace de sus pupilas ¿dilatadas?, y permanece tirante contra el fondo negro del monitor. ¿Qué mirás? ¿No deberías, al menos, prender la computadora?, le digo. No me digas que es la hora de los mensajitos porque, ¿querés mensajitos? Dale, mandemos mensajitos. Me acomodo de nuevo sobre su

falda, esta vez de espaldas a él, y enciendo la computadora, que me pide la clave de acceso. Me doy vuelta para mirar a Isidoro: ¿le pusiste clave? No me digas que hay fotos de la pendeja o algo así, porque... Decime ya mismo la clave, querés, le digo en un tono que, me doy cuenta, está más cerca de la amenaza que de un pedido cordial. Nada. Isidoro está, pero no está. ¿No me decís? Pruebo las claves más obvias: el nombre más el día del cumpleaños, el nombre más el año de nacimiento, las iniciales del nombre más el día de cumpleaños, y ya estoy a punto de probar las iniciales más el número del dni cuando un relámpago palpita y escupe el reflejo de Isidoro sobre el vidrio de la ventana. Rápido, me aparto de él, de la computadora, del escritorio, de la biblioteca. De lejos, desde el marco de la puerta, vuelvo a fijar la vista en la ventana, en la noche prematura que afuera vomita sus truenos, en el sudoroso atlas que el temporal imprime en los vidrios. Odio que no me hables, Isidoro, te odio, te odio con toda mi alma, le escupo el más común de los lugares comunes, y después de abrir el placard y de sacar lo primero que encuentro salgo así, con los pompones debajo de la ropa, a la calle. Afuera, un jadeo a tierra húmeda me da en la cara; alzo la vista y pienso que tal vez sería mejor volver a casa, la tormenta parece no tener la más mínima intención de calmarse. Una amante, una pendeja... Camino. ¿Si no por qué pasaría tanto tiempo así frente a la computadora sin siquiera...? Tal vez si tipeo el nombre más nuestro número de teléfono, el nombre más los últimos tres del celular o... ¿hasta cuándo Isidoro va a seguir tratándome así, hasta cuando...? Camino, camino, camino con las gotas que me resbalan por el mentón, el cuello, el pecho piloto adentro. ¿Qué se creía, que así de fácil...? No, si yo me quedo con el departamento, él se queda con el auto y... los pelos, a esa puta le arranco los pelos y los dientes, los pelos, y los borrachos de la plaza, pienso, y sin darme cuenta cómo, cuándo, ni por qué, me encuentro en el supermercado frente a la góndola de los productos de limpieza, frente a la idea de limpiavidrios o anticongelante en el puré, ¿sería eso más rápido que té con estricnina, que arsénico en la miel o...? Quizás bombones, licuados, salsas, fideos con manteca o masitas con cianuro y Chantilly, pienso y no sé bien cómo me encuentro en el baño para empleados, pompones al aire, frente a un repositor de yo qué sé qué. Cuando vuelvo a casa ya no llueve, y el cielo parece más limpio. Voy directo a la biblioteca, donde veo a Isidoro con el torso inclinado hacia adelante, los brazos colgando a cada lado, la cabeza sobre el teclado junto al monitor. Aunque muero de ganas por ver si tiene o no

los ojos abiertos, repto de la biblioteca al living, del living a la cocina, de la cocina al baño, para sacarme la ropa y despegarme los pompones, que todavía llevan impregnado el aliento a cigarrillo barato del repositor. Abro la ducha, pero antes de entrar a bañarme cierro los ojos y, sin necesidad de parpadeos, empiezo a llorar. El vapor ya empaña el espejo, y mis lágrimas se disuelven en la punzante humedad de la culpa.

UNA TIBIEZA ELÁSTICA

Apenas sonó el timbre, cerré la ducha y me envolví en una toalla aunque todavía no me había enjuagado el shampoo. Sin decir ya voy o quién es caminé hacia el living, imprimiendo huellas de agua por todo el pasillo. Me asomé a la mirilla en puntas de pie, y después volví a apoyar los pies enteros sobre el frío del mármol. Respiré hondo, y sin correr el pasador abrí la puerta:

—¿Qué hacés acá? —dije, aunque sabía bien a qué venía Raúl.

—¿Me vas a dejar entrar?

En las manos, un colorido trío de globos metalizados, cada uno enganchado en un palito de plástico.

—No.

—Por favor, Fusa, ¿podemos hablar?

Raúl estaba impecable, con su camisa de jean y su pantalón a cuadros, el pelo engominado y sin sombras de barba; incluso de lejos podía olerse los cinco mil litros de perfume importado que se había tirado encima. Y yo, en cambio, ahí estaba, con toda la flacidez al aire y tiritando por la correntada del pasillo, con el pelo que, en ramilletes, chorreaba sobre mis hombros, sobre la toalla, sobre las baldosas, sobre todos lados.

—No —volví a decir, pero cerré la puerta para correr el pasador y abrirla.

—¿Y Lolito?

—Hablá bajo que duerme...

—¿Cómo que duerme? ¿No está listo?

—¿Listo? ¿No venías a hablar?

—¿Por qué siempre tenés que complicarlo todo, Fusa? Lo llevo un rato y te lo traigo.

—¿Me llevo un rato el paquete y después te lo devuelvo? No, si se nota que a vos no te importa nada, ni lo que el chico quiere, ni lo que yo quiero ni nada, a vos no te importa nada de nada...

—Es un rato, Fusa, va y viene en auto, es un lugar cerrado, ni siquiera va a estar al aire libre.

—A vos nunca te importó nada, ni él ni yo...

Raúl abrió la boca pero volvió a cerrarla; apretó los labios, como para contener la furia de sus posibles palabras, y después me dio la espalda para encarar el pasillo rumbo al cuarto de Lolo.

—Lolito, llegó papá... —dijo Raúl entre aplausos.

Me apuré a ubicarme frente a él para cortarle el paso.

—Qué hacés. Andate. Dejalo tranquilo.

—Arriba, Lolito, mirá lo que trajo papá...

Agitó los globos, que hacían un ruido como de maracas. Y cuando trató de esquivarme para ir hasta la cuna lo empujé con fuerza contra la pared del pasillo. Quedamos tan cerca el uno del otro que hasta podía sentir cómo las gotas de mi pelo caían sobre su camisa. Su perfume, entre irónico y seductor, buscaba empujarme por el tobogán de los recuerdos felices.

—Andate.

—Qué hacés, Fusa, ¿te volviste loca?

—Te vas o llamo a la policía.

—Mi amorcito... —de pronto Raúl edulcoró la voz.

Me di vuelta y ahí estaba Lolo que, de pie y aferrado a los barrotes de la cuna, nos miraba entre parpadeos lagañosos. Me aparté de Raúl, despacio, sin darle la espalda, y al llegar a la cuna giré hacia Lolo, que levantó los brazos para que lo alzara.

—Venga, Lolito, venga con mamá...

Raúl volvió a agitar los globos.

—¿Quién quiere venir con papá?

Lolito se sacudió como guiado por un escalofrío. Tenía las mejillas coloradas.

—Epa —le dije, y giré para mirar a Raúl antes de endurecer la voz—, ¿ves que no puede salir?

—Qué exagerada, Fusa...

Raúl acomodó los palitos de los globos debajo de sus axilas para extender un poco los brazos y sacudir las manos como panderetas en dirección a Lolo, antes de insistir:

—¿Quién quiere venir con papá?

—Nadie —giré el cuerpo a un costado, como para alejarlo de los brazos de Raúl, y después apoyé una mano sobre la frente de Lolito— porque este señorito no va a ir a ningún lado.

Lolo me dejó besarle las mejillas, tibias y esponjosas, antes de estirar los brazos para agarrar los globos que, en el frágil equilibrio de las axilas de Raúl, agitaban los colores a la altura de sus ojos.

—¿Quieres los globos? Sí, venga con papi...

Y ya me apartaba de Raúl cuando Lolo, nadador a punto de zambullirse, gimió en dirección a él.

—Ese es mi Lolito...

Raúl lo atajó casi en el aire, pero al sostenerlo dejó caer los globos, por lo que Lolo subió el volumen de sus gemidos. Yo me agaché rápido, y mientras con una mano sostenía la toalla a la altura del pecho, con la otra levanté los globos y los sacudí bien fuerte para provocar sus ruiditos de maracas.

—¿Y ahora quién quiere venir con mamá?

Cuando Lolo volvió a su pose de nadador, ahora desde el trampolín de Raúl, me apuré a atajarlo y le di los globos, que aferró con sus dedos torpes y rollizos, aún no estilizados por la edad. Sacudía los globos con una expresión de felicidad tan pura, tan cristalina, que la oscuridad de su diagnóstico, la impotencia, nuestra angustia, parecía de otro mundo, una fantasía imposible y lejana, a diez mil años luz de esta realidad de mierda.

—El chico necesita salir, Fusa, ¿no ves?

Volví a besar las mejillas de mi hijito, con cuidado de no arruinar ni un milímetro de su gesto feliz.

—¿Te gustan los globos, Lolito?

Lo besaba y, mientras lo besaba, pensaba en cómo nunca quería dejar de besarlo. Hasta que en un momento Lolo soltó sin querer un globo y, para recuperarlo, saltó de mis brazos directo al piso. Aunque cayó de frente sobre la alfombra, Lolo no lloró, porque podía gemir, gruñir, aullar, pero llorar... No, Lolo no lloraba.

—¿Estás bien, Lolito? ¿Estás bien, mi amor?

Me agaché para revisarlo y, mientras le soplabla los raspones de la frente, Raúl se inclinó, lo levantó en brazos y empezó a caminar por el pasillo hacia el living, hacia la puerta de calle.

—¿Qué hacés? —dije—. Tendríamos que llevarlo a la guardia, por las dudas o... no, mejor que venga el médico, mejor que Lolito no salga... —me apuré a ir a mi habitación, que alguna vez había sido nuestra—. Voy a llamar...

Escuché que Raúl abría la puerta de calle.

—En dos horas te lo traigo.

Y después escuché un portazo. Sin saber qué hacer, me exprimí la frente, y al subir al pelo sentí el asco espumoso del shampoo. Corrí al living y abrí la puerta:

—¿En dos horas? ¿Me decís en serio, Raúl? Soltalo ahora mismo, soltalo, no podés hacer lo que se te canta...

Raúl, con el nene en brazos, que no lloraba ni se quejaba, ya había apretado el botón del ascensor.

—¿Estás loco? Soltalo, soltalo o... no sé, llamo a la policía...

Raúl no hablaba, como si no valiera la pena hablarme, como si nunca hubiera valido la pena hablarme, y yo entonces corrí adentro de casa, a la pieza de Lolo, donde los globos seguían tirados en el piso. Agarré uno y rápido volví a salir al pasillo en plena lucha con la toalla cuyo nudo, entre las corridas, se había aflojado y ahora se negaba a seguir cubriéndome.

—Mirá, Lolito —dije, y escuché el bufido neumático del ascensor a punto de frenar en nuestro piso—, ¿lo querés?

El nene volvió a lanzarse hacia adelante sin ningún temor, como si el golpe no lo hubiera afectado en nada, como si no lo hubiera registrado entre los ficheros de su memoria. Lo agarré por debajo de los brazos y le di el globo, pero Raúl no le soltaba los pies.

—Soltalo.

Raúl me miraba sin hablar.

—Soltalo.

Yo hacía fuerza también con la mirada, como si de mis pupilas pudieran salir mortíferos rayos láser.

—Soltalo.

Como él no soltaba di unos pasos hacia atrás, para tomar carrera, y después volví a acercarme a Lolo y a aferrarme con fuerza a sus piernitas para que Raúl terminara de soltarlo. Cuando logré que Lolo resbalara de sus manos, Raúl, que no se resignaba, manoteó y alcanzó a agarrarle la manito que sostenía el globo.

—Soltalo, te dije, ¿no entendés?

El ascensor abrió sus puertas, y por seguir con el tironeo se me cayó la toalla al piso, aunque ni amagué a levantarla: iba a hacer que Raúl soltara a Lolo, y después iba a ver cómo subía al ascensor, cómo se iba de una vez por todas, en silencio y resignado, buen perdedor. Raúl, con la vista fija en mis ojos, amagó a soltarlo pero no lo soltó: dio un paso hacia atrás, como guiado por los parásitos de su violencia, y yo escuché el crac, un sonido seco, como de madera al quebrarse. No entendí hasta que vi la sangre, ¿Lolo?, sangre por todos lados. Hijo de puta, dije, qué hiciste, qué hiciste hijo de puta, intentaba gritar pero mi voz, áspera y seca, apenas salía. Lolito, mi bebé... Con Lolo en brazos me abalancé sobre Raúl, que ya estaba en el ascensor. Qué hiciste, hijo de puta, qué hiciste, yo le daba bofetadas con una mano hasta que él me empujó al pasillo y se apuró a presionar los botones. Por los gritos, salieron al pasillo algunos vecinos, que nos miraban en un silencio cobarde, sin animarse a intervenir. Antes de que el ascensor cerrara sus puertas, alcancé a ver cómo Raúl, la camisa hecha un mapa de sangre, se miraba al espejo y se acomodaba el pelo engominado con un gesto de boca abierta, de labios estirados, que, estaba claro, tenía cierto aire triunfal. Y así, desnuda como estaba, volví a casa con mi bebé en brazos para levantar los otros globos que seguían tirados en el piso de su habitación.

LOS AFUERAS

Hace frío, pero igual la voz que sale del altoparlante dice:

—Desnúdese

sin agregar ni un por favor ni un gracias, y por un momento me quedo quieta por si quieren decir algo más, pero no.

Empiezo por el gamulán. Libero los botones despacio aunque con movimientos ágiles, para que no se lea en mí ni una sombra de miedo o indecisión. Brazos abajo, dejo caer el abrigo que dibuja en el piso una silueta de escena de crimen. Me saco también el pulóver y la camisa. Me agacho para desatar los cordones de las botas, que siguen húmedas por la nieve, y tiro de las plataformas para liberar los pies. Me desabrocho el pantalón, y cuando me inclino para tirar de las botamangas pierdo el equilibrio, y aunque aleteo con los brazos caigo sentada sobre las baldosas frías. Me paralizó, apenas respiro, hasta que mi cuerpo, al pasarle temperatura al piso, empieza a temblar. Cruzo los brazos por delante del pecho y los aprieto fuerte, pero la fuerza que hago es el combustible de nuevos sacudones. Antes de volver afuera prefiero morir, pienso, cuando otra vez escucho:

—Desnúdese

y sin esperar porfavores ni gracias termino de sacarme el pantalón. Después, apoyo las palmas de las manos sobre el piso y me levanto. Frente a mí, un vidrio espejado que ocupa casi toda la pared. Supongo que ahí, del otro lado, estará mirándome la voz que ordena, por lo que bajo la vista pero enderezo la espalda y contengo la respiración. No hay dudas de que me miran, y sé muy bien que debería quedarme quieta para dejar que me miren, pero un escalofrío me cruza entera la espina dorsal y me sacudo, muevo la cabeza y, no puedo evitarlo, termino con la vista clavada en el centro del espejo. No debería mirar, pero miro. Miro, y a pesar de que lo intento, del otro lado no

veo nada. El vidrio espejado solo me muestra mis hombros desgarrados, mis ojeras, mi pelo rubio desordenado, y parte del salón a mis espaldas. Una mesa de madera con punteras de bronce, biombos tallados con incrustaciones de nácar y dibujos orientales, vasijas de porcelana y banquetas tapizadas en terciopelo. A un costado del biombo hay una cómoda con tallas de ¿dragones? ¿diablos con cuernos? que se retuercen en torno a una espada. El infierno, pienso, y también pienso en el cielo cuando vuelvo a escuchar:

—Desnúdese

y me sobresalto. Rápido, sin tiempo para pudores, me saco las medias de lana y dejo caer la bombacha sobre la montaña de ropa. No tendría que haber fijado la vista en el espejo, ni siquiera para mirar los muebles del salón, pienso, y también pienso por favor, no quiero volver ahí afuera, cuando otra vez me encuentro con la vista fija en el espejo donde alguien o algo, una sombra, parece moverse. ¿O será que alguien cruza el salón a mis espaldas? Quiero darme vuelta, pero bajo la vista y me quedo quieta. El corazón, en tanto, obedece a los mandatos de la adrenalina y acelera el fluir de la sangre, que no alcanza a calentarme el cuerpo, por lo que sigo con temblores cuando vuelvo a escuchar:

—Desnúdese

y muevo la cabeza para mirarme porque no entiendo, si ya estoy completamente desnuda, qué es lo que debería...

—Desnúdese

—Desnúdese

y estoy a punto de decir algo, de preguntar qué más podría sacarme si ya estoy desnuda, cuando una puerta, entelada con la misma seda cadmio de las paredes, se abre y la voz dice:

—Adelante

por lo que avanzo, lento pero avanzo. En el pasillo oscuro, un aire frío parece congelarlo todo a mi alrededor, y mis pies apenas pueden moverse. Me apuran:

—Adelante

y yo obedezco. Avanzo derecho por el pasillo angosto, que por momentos se ensancha, y en ese vaivén pierdo toda noción de distancia. Empiezo a ir más rápido para que la fricción me caliente un poco los pies, pero no alcanzo a escuchar:

—Espacio

que algo, alguien, me atrapa un hombro, un brazo, y me tironea a través de una puerta abierta hacia una habitación, o lo que creo es una habitación, porque la puerta se cierra y adentro todo se vuelve negro. Tiemblo, aunque no sé si por el frío o por el miedo al presentir lo peor. Por favor, afuera no, otra vez no, rezo y todavía rezo cuando escucho:

—Número cincuenta y ocho

y no alcanzo a entender, a reaccionar, cuando la puerta vuelve a abrirse. Los movimientos son rápidos y, en el chispazo de luz que ingresa por los espacios de la puerta, alcanzo a ver un rectángulo con el empapelado del salón y la contextura delgada de un hombre, las clavículas marcadas como si quisieran despegarse de la carne, que entra en la habitación. Apenas la puerta vuelve a cerrarse, la voz dice:

—Procedan

y el hombre se me acerca, tanto que puedo sentir su perfume de té verde, ¿o limón? Sin avisos ni preámbulos, él deja caer sus manos sobre mis brazos y empieza a frotarme, espacio pero enérgico, como si quisiera, como si debiera, sacarme el frío; me frota, y de la nada sus manos saltan a mi pecho; me frota y baja hacia el abdomen, bordea la cintura, mis caderas, con las manos que presionan como si pudieran imantar el frío; sigue hacia abajo, zigzaguea por mis muslos en forma de pequeños semicírculos, y ya alcanza mis rodillas cuando cambia el rumbo y vuelve a subir; tiemblo, me frota y tiemblo hasta que alcanza la parte interna de mis muslos, separa bien los dedos y, con cierta lentitud, flexiona uno para hundirlo en el hueco de mi entrepierna. Apenas dos segundos y retira el dedo. Respiro hondo, pero todavía tiemblo cuando el hombre me agarra del brazo y, con la mano libre, abre la puerta. La penumbra del pasillo dibuja en su cuerpo un cono gris que hace resaltar las rugosidades de su piel. Es viejo, muy viejo, pienso, lo que contradice la firmeza que, miro de reojo, lleva debajo de la cintura. ¿Será joven? ¿Serán las arrugas un efecto de la luz?

El pasillo sigue oscuro, pero adquiere temperatura y vapor. Un aire cálido, de contextura tropical, se intensifica cuando el hombre abre una nueva puerta. Parpadeo para acostumar mis ojos a la luz, demasiado brillante, del salón. ¿Otro salón o el mismo de antes? El viejo, sin soltarme el brazo, me guía hasta el centro donde, parpadeo, otros individuos sociabilizan a mi alrededor,

también, como yo, completamente desnudos.

* * *

Hombres y mujeres en igual proporción, y todos parecen desnutridos. Solo unos pocos aún conservan algo de carne en sus caderas. ¿Habrán llegado recién, como yo? Una mujer se detiene junto a una de las tantas ventanas, se lleva una mano al pecho, y por un instante contiene la respiración como si el paso del aire le doliera. ¿Estará enferma? ¿Estarán todos enfermos? ¿O será el contraste con la platería lo que hace que se vean así? Avanzo, eses y ochos por entre las personas sin que nadie se me acerque o intente decirme algo. Es como estar en una especie de vacío, pienso, y también pienso en acercarme a alguien, preguntar algo, cuando la voz metálica del altoparlante me sobresalta:

—Formen fila

y reacciono, rompo el vacío, atravieso su membrana vitelina para volver a la realidad. De fondo, respiraciones agitadas, articulaciones que chasquean, gemidos de estómagos hambrientos. Yo también tengo hambre. Hambre y frío, a pesar del vapor tibio que soplan las rejillas de la ventilación. Pienso en comer y las rodillas se me aflojan, el estómago me late, mi cabeza empieza a jugar con las distancias. Estoy por desmayarme cuando alguien, ¿el viejo?, me agarra del brazo y me sostiene. Abro la boca para decir gracias, pero ni siquiera puedo mover la lengua; alzo la cabeza y hago foco en mi salvador: nariz respingada, cabello ceniza que le cae en ondas sobre los hombros y un único mechón que en forma de flecha le señala los ojos afelpados, intensos, brillantes que de algún lado, ¿de dónde?, me resultan familiares.

—Salvador —susurro, y quisiera sonreír pero apenas puedo mover los labios; él, con una mueca prima del horror, me dice que no, que no hable.

Asiento, y como si nuestros breves movimientos hubieran intercambiado horas de gestos y palabras, él pasa un brazo alrededor de mi cintura para sumarme a la fila. Algo de este contacto me relaja, me afirma al piso. Escucho:

—De a uno por vez

pero ni Salvador me suelta ni yo lo suelto, y queda claro que no queremos soltarnos. Me quedo quieta, la vista fija en sus pies, en sus lastimaduras frescas, en las uñas delineadas por la mugre; subo hacia los tobillos, me

deslizo por las piernas hasta los círculos de las rodillas, hasta los muslos, y me detengo en su entrepierna débil, inconsistente, algo infantil, cuando vuelvo a escuchar:

—De a uno por vez

y entonces nos despegamos. Tiemblo y no dejo de temblar cuando él, ya detrás de mí, se me acerca y aprieta su cuerpo contra el mío.

—Gracias —apenas muevo los labios.

Y esperamos, ¿qué esperamos?, acurrucados en la fila que de a poco empieza a acortarse y así nos acerca a una puerta de caoba con tallas de ángeles alrededor de un rostro que, por la clara expresión de sus ojos, es el mismísimo retrato de la maldad. No me importa, pienso, y también pienso que acá, tan cerca de Salvador, ya nada importa, ni siquiera la forma en que la voz pega una letra a la otra para decir:

—Adelante

—Adelante

y me obliga a soltar a Salvador. Empujo la puerta que da a un nuevo pasillo, igual de oscuro y frío que los demás pero con un vaho espeso, azufrado, producto de algún tipo de combustión. La voz repite:

—Adelante

pero no sé si vuelve a hablarme a mí, o ya le habla a Salvador para que él también avance. Repite:

—Adelante

y sigo adelante, las manos tanteando a los costados en busca de alguna pared. ¿Y Salvador?, pienso, y también pienso en darme vuelta para mirar hacia atrás cuando escucho:

—Primera puerta a la derecha

y aunque ya no sé cuál es la derecha ni la izquierda, me inclino hacia un lado y alcanzo la pared. Despacio, me deslizo por la tela acolchada hasta encontrar el relieve de un picaporte. La voz no dice nada, pero aún así presiono el picaporte y abro la puerta. Otra vez me recibe un vapor cálido, húmedo, y yo, hipnotizada, entro a la habitación donde algo, como el filo de un hierro o un candelabro, me golpea con fuerza en la cabeza.

Cuando abro los ojos, no sé cuánto tiempo después, me encuentro en un chaise longue empavonado de terciopelo violeta, en el centro del salón, ¿el

mismo de antes? Miro a los lados: paredes enteladas, sillones de terciopelo, banquetas, cómodas, candelabros, arañas con inquietos caireles de cristal. ¿No hay nadie? Intento sentarme, pero la cabeza y el cuello me duelen tanto que apenas puedo moverme.

—Yo... ¿hay alguien...?

Y no termino la frase cuando un hombre calvo, de larga túnica violácea, se materializa frente a uno de los candelabros.

—Yo... —mi voz es un hilo de baba que se estira.

El hombre se da vuelta y, por unos segundos, me mira aunque por la distancia, el hambre, los mareos, el dolor, no alcanzo a verlo bien. Enciende las velas, una por una, y cuando termina de encender la última, acomoda la que tiene en su mano dentro del único espacio vacío del candelabro para después darse vuelta y avanzar hacia mí. En voz baja me dice:

—¿Estás bien?

Y pienso: ¿me conoce? ¿Lo conozco? Parpadeo para aclarar la vista y lo veo sonreírme de una manera artificial, un molde genérico recortado de un manual para sonreír.

—¿Quién...?

—No hables —susurra y de pronto siento que todo en este lugar, la decoración, el aire, el silencio, me asfixia.

Fuerzo el cuello, levanto la vista un poco más. ¿De dónde...? Lo miro, y por un instante él también me mira, aunque enseguida se inclina para abrazarme y yo me aparto para mirar sus ojos afelpados, intensos, brillantes...

—¿Salvador?

Ahora es él quien asiente. Las cejas... está distinto...

—Estás...

Es él, pero...

—¡El pelo! —digo de pronto, y hace un gesto para que me calle.

¿Por qué lo habrán rapado así?, pienso y también pienso si será una forma de castigo cuando maquinal, un acto reflejo, me llevo las manos a la cabeza y descubro que yo también estoy completamente pelada.

* * *

Del otro lado de la ventana, los copos de nieve flotan en un fondo nebuloso y gris, una imagen que, de solo verla, hace que sienta más frío. El hambre parece haberse calmado un poco, pero el frío... ni siquiera con la túnica que me llega casi hasta las rodillas logro dejar de temblar. Con cuidado de no llamar la atención, giro la cabeza a un lado y al otro: en el salón, cada uno está ubicado frente a una ventana; todos en silencio, concentrados en el afuera.

¿Dónde estará Salvador? Vuelvo la vista al frente, al recuadro de las manchas blancas sobre el fondo gris, y después vuelvo a mirar hacia los lados. Vistos de atrás, todos parecen iguales, o más bien parecemos, porque rapada y con esta túnica yo también debo verme así.

—Salvador... —lo llamo con la cabeza gacha, el mentón casi tocando el pecho.

Nadie responde ni se mueve, ni siquiera parecen escucharme; siguen absortos en sus afueras como si ahí pasara algo que de ningún modo debieran perderse.

—Salvador... —repito con la voz ronca.

No me escucha, pienso, pero también pienso que quizás no me responde por miedo cuando la voz del altoparlante me sorprende con un:

—Observen

y entonces levanto rápido la vista y observo: lo gris, lo blanco, los manchones de nieve y todo igual que hace unos instantes, como si ahí afuera el tiempo no avanzara. Tal vez Salvador no esté acá, tal vez esté en otro lado, en otro salón, en otra ventana o... Me doy vuelta, la madera del sillón cruje, y miro. Ya estoy por decepcionarme, por volver a mi cuadro impresionista de humo y nieve, cuando advierto que, en la ventana ubicada justo frente a la mía, del otro lado del salón, alguien deja caer las manos a los lados de la silla y empieza a mover los dedos en algún tipo de señal.

—¿Salvador...?

Después de mirar una vez más a un lado y a otro, me levanto de la butaca y cruzo el salón hacia él.

—No —me dice cuando le palmeo el hombro para que me deje lugar en su silla— no, acá no... —repite como si no pudiera decir nada más.

—Salvador, yo...

Lo miro, busco sus ojos, pero él no aparta la vista de su ventana. Quisiera decirle algo, no sé, por qué será que siento como si lo conociera de toda la

vida, pero no digo nada, y sin pensar en el altoparlante o en los vidrios espejados, me siento sobre sus piernas y, casi un acto reflejo, acerco mis labios a los suyos y lo beso. Lo beso y él me besa, un beso tembloroso y reseco, y si bien sus labios me raspan, me lastiman, no me importa; seguimos besándonos hasta que, ayudados por las lenguas, se humedecen nuestras bocas y el beso empieza a fluir. Acelera, se enciende, hasta que un zumbido metálico nos interrumpe, nos sobresalta, y hace que nos apartemos el uno del otro. Me bajo de sus piernas y estoy por acomodarme en el apoyabrazos cuando la voz del altoparlante corta el zumbido para decir:

—Continúen observando

y nosotros dirigimos nuestras cabezas hacia el frente y observamos: ¿una nena en una bañera? Parpadeo y miro a Salvador que, concentrado, mira hacia su afuera. ¿Una nena? Vuelvo a mirar por su ventana: ¿por qué una nena? ¿Y por qué adentro de una bañera? ¿Por qué ahí no hay nieve? Estiro el cuello: la bañera está vacía, la nena solo lleva una pequeña enagua de satén, y nos mira. La nena es una rubiecita de facciones tiernas, que nos mira fijo pero serena, libre de gestos.

—¿Quién es? —apenas muevo los labios, Salvador me golpea con la pierna para que me calle.

Miro a los lados: nadie se mueve de su ventana. ¿Qué verán los demás? ¿El paisaje de la nieve o niñas en bañeras?

—Por favor, Salvador... —vuelvo a mirarlo, y le veo los ojos más afelpados, más brillantes, más intensos que nunca por las lágrimas— qué pasa...

Él no me responde, no se mueve, ni siquiera parece escucharme.

—Salvador, ¿me escuchás?

Se ve que solo escucha el:

—Observen

del altoparlante que insiste:

—Observen

y entonces yo también observo: a la nena inmóvil sobre la loza y, me doy vuelta hacia mi ventana, la nieve y su paisaje desolador. Pienso en gritar, en pedir algún tipo de explicación, de auxilio, y también pienso en levantarme, correr por el salón ventana por ventana, ver qué es lo que tanto llama la atención de cada uno y por qué, por qué, pero en un impulso me levanto y me

ubico delante de la ventana de Salvador, entre él y la ventana, y le digo:

—Basta.

Aunque la voz del altoparlante mantiene su:

—Observen

yo quiero que Salvador deje de mirar a esa nena y me mire a mí y solo a mí. En un nuevo impulso doy un paso adelante, me inclino y vuelvo a besarlo. Un beso que no tarda en recuperar confianza y levantar temperatura, en hacernos olvidar del altoparlante, de la ventana, de todo, y que por instinto hace que nos busquemos, nos toquemos, levantemos nuestras túnicas para descubrir la piel lisa y tirante, sin apéndices ni aberturas, de nuestras entrepiernas.

* * *

Despertamos juntos en un chaise longue de terciopelo en medio del salón. A cada lado se extiende una fila de cabezas gachas y hombros que, inclinados hacia adelante, muestran una postura de resignación. Sin decir una sola palabra, nos levantamos y, rápido, nos sumamos a la fila más cercana.

A los de la izquierda los mandan a las duchas, pero a nosotros nos dicen:

—Agrúpanse de a dos

y después nos ubican frente a una de las tantas piletas llenas de cristales que, a la luz de las velas, reflejan pequeños haces de colores. En los pómulos de Salvador, una palidez amarillenta que, si me muevo un poco, vira al rosado, al anaranjado, al rojizo. En eso estoy, en ver cómo los colores cambian en su cara, cuando escucho:

—Sumérjense

y sé que no hay que esperar para dar un paso adelante y dejar que nuestros cuerpos se hundan entre los cristales. No pasa mucho hasta que la voz cambia a un:

—Desnúdense

y no entiendo por qué no nos hicieron sacar antes la túnica, mientras tiro con fuerza de la tela para arrastrarla por entre los cristales fuera de la pileta. Ya desnuda, alcanzo a ver que Salvador me mira fijo, la emulsión verdosa de sus ojos más brillante que nunca, por lo que aprovecho para sonreírle y

soplarle un beso.

—No —frunce el entrecejo antes de volver la vista hacia el centro de la pileta— no, no... —repite cuando me inclino para llevar, por entre los prismas, mis manos a sus piernas.

—Tranquilo... —lo acaricio— no pasa nada —sigo, pero él hace repicar la pierna para que yo lo suelte y vuelva a mi lugar sin llamar la atención.

Ofendida, me aparto de él y apoyo la espalda contra el borde de la pileta. Fijo la vista en una mujer de cejas rubias, ¿o no tiene cejas?, que cierra los ojos en una expresión de agotamiento y se hunde hasta tocar los cristales con el mentón. A dos cuerpos de distancia, en otra pileta, un chico de pestañas espesas, ¿o una chica?, también desliza su cuerpo hacia abajo. Al ver que otros más, entre ellos Salvador, también se hunden, cierro los ojos y trato de no pensar. Una repentina sensación de bienestar hace que yo también me deje arrastrar hacia abajo, y es entonces cuando una niebla ácida, crepitante, empieza a sofocarme. Despego los labios y el vapor, con un hormigueo sutil, se filtra hasta mi lengua; al descubrirlo salado vuelve a despertar en mí la memoria del hambre. Desde mi nueva altura, abro los ojos: una superficie serena y lisa ¿de cristal fundido? Desconcertada, giro la cabeza en busca de Salvador pero un reflejo, que rebota en el espejo o en el vidrio de una ventana, me obliga a cerrar los ojos otra vez. Salvador, qué pasa, quiero decir pero no logro abrir la boca, solo pienso; y de la nada también pienso en sus manos, en sus dedos, sus abrazos; pienso en sus pómulos rosados, amarillentos, anaranjados y en sus labios, su tibieza, en sus ojos, ¿dónde habré visto sus ojos?, pienso, y también pienso en las tallas de madera y los espejos; pienso en la nieve, en la nena de la bañera y otra vez en la nieve, mi nieve, los copos detrás de mi ventana, qué se verá a través de las demás ventanas, y pienso también en la entrepierna de Salvador; qué le habrá pasado a su entrepierna y a la mía, qué nos pasa...

Cuando abro los ojos, el líquido me llega casi hasta la nariz. Busco a Salvador, pero en su lugar solo hay un par de burbujas que se inflan para después reventar y dejar una superficie lisa, sin rastros ni cicatrices. ¿Salvador?, quiero decir, pero no logro llevar mi boca a la superficie. ¿Por qué no puedo salir? Inclino el cuerpo a un lado, estiro un brazo y tanteo, por debajo del líquido, hacia donde antes estaba Salvador; por un momento creo tocar algo, una pierna, un brazo, algo de una consistencia viscosa,

resbaladiza... Las demás piletas están vacías. ¿Por qué están vacías? ¿Por qué no hay nadie? ¿A dónde se fueron todos? Desesperada por salir, por tomar aire, junto fuerzas pero el líquido espeso, pegajoso, me succiona hacia abajo. Con ayuda de las piernas logro girar en el lugar, y después, con los codos flexionados, lucho contra el líquido para abrirme paso hacia arriba. Cuando consigo sacar los dedos a la superficie, engancho las uñas en la junta de los azulejos, aprieto los dedos y, con una fuerza que no sé de dónde sale, me impulso hacia arriba, abro la boca y respiro, respiro mientras alcanzo a ver, junto a mí, un pequeño círculo, ¿una cabeza?, que duda entre flotar y hundirse. ¡Salvador!, quiero gritar pero me descubro afónica, y entonces me apuro a despegar una mano de los azulejos para alcanzarlo. ¡Salvador! Y ya estoy por agarrarlo cuando las uñas de la otra mano, que aún me sujetaban a los azulejos, se quiebran, los dedos se me resbalan, y vuelvo a caer dentro de la piletta. Lucho por no sumergirme demasiado, y en una brazada alcanzo a rozar una mano, dedos, ¡Salvador! Entre aleteos y patadas empujo el líquido hacia abajo, y apenas logro salir a la superficie veo cómo el círculo, la cabeza, ¿Salvador?, recibe la fuerza de mi impulso y termina de sumergirse.

* * *

Cierro la puerta y los gritos se detienen. ¿Qué pasa? Algo mareada vuelvo a presionar el picaporte y ahora los gritos, entrecortados por una especie de llanto, se arremolinan hacia mí. ¿Quién grita así, y por qué grita? Entro al salón y cierro la puerta a mis espaldas, los pies todavía aceitosos por el líquido de la piletta. ¿Por qué no hay nadie en ningún lado? Me detengo en el centro del salón. Los gritos retumban, parecen surgir de entre las juntas del porcelanato, pero si me arrodillo y acerco una oreja al piso, parecen brotar de las paredes. Despacio, empiezo a levantarme y, al pisar el ruedo de la túnica, tropiezo y vuelvo a caer. La imagen imposible de Salvador al sostenerme pasa frente a mí como un flash. ¿Dónde estará Salvador? Me arrodillo sosteniendo los pliegues de la túnica a la altura de las caderas, cómo puede ser que ahora me quede tan larga si antes apenas me llegaba a las rodillas. Doy unos pasos hacia un lado y después hacia el otro, despacio y tambaleante, aturdida por los gritos y los haces de luz que entran por las ventanas y, multiplicados, rebotan del porcelanato a la madera lustrada de los sillones, de la madera a los

espejos, y de los espejos a la plata de los candelabros, a sus caireles, a todo el salón.

Siguen gritando los que gritan, y parecen estar a mis espaldas, por lo que me doy vuelta, pero encuentro el salón desierto. ¿Quién o quiénes gritan? pienso, y también pienso en rendirme, en dejarme caer, recostarme, quedarme quieta, morirme de una vez, cuando la voz del altoparlante dice:

—Adelante

y quisiera obedecer, pero ¿adelante? ¿Adelante dónde?, pienso cuando veo que, en la pared entelada, se abre una puerta para mostrar la oscuridad de un nuevo pasillo. La voz repite:

—Adelante

y yo digo:

—Salvador.

Insiste:

—Adelante

pero ya no quiero más pasillos ni puertas ni ventanas ni sales ni nada, por lo que me atrevo a decir:

—Salvador, ¿dónde estás?

Y la voz repite:

—Adelante

mientras yo corro de una ventana a otra intentando ver algo, nieve, bañeras, algo, aunque por la luz tan brillante no logro ver nada. Corro hasta que, al llegar a la última ventana, la que está junto a la puerta abierta que da al pasillo, los gritos son superados por la voz del altoparlante y sus:

—Adelante

—Adelante

—Adelante

y aunque debería seguir, me detengo a mirar a una figura luminosa que de a poco se acerca al vidrio hasta perder brillo y ganar nitidez. Una mujer, de túnica violácea y largo cabello rubio, carga un bebé en brazos y en un momento lo inclina hacia adelante ¿para que yo lo mire? Lo miro: hermoso, pienso, y por instinto, un acto reflejo, apoyo los dedos en el cristal. A través del vidrio tengo la ilusión de acariciar sus mejillas tan pequeñas, tan rosadas, y recién entonces me doy cuenta del silencio: ya no hay gritos, nadie grita,

nadie llora. Por el contrario, el bebé ¿recién nacido? parece sonreír. Sonríe, y yo también sonrío hasta que el bebé abre los ojos y me mira: un verde afelpado, brillante, intenso, que reconozco de alguna parte... ¿Salvador? No puede ser...

—¡Salvador!

Golpeo el vidrio como diciéndole que no se mueva, que no se vaya, y corro hacia la puerta pero, al llegar, alguien de pronto la cierra. Tanteo el empapelado de seda en busca del picaporte pero no lo encuentro, no está; ya no están ni el picaporte ni el contorno de la puerta. En el salón ya no hay puertas. No hay ninguna puerta y, giro para mirar, tampoco están ahora las ventanas.

AGRADECIMIENTOS

A Juan Casamayor, Encarnación Molina, Paul Viejo, Antonio Sanz, Oche Califa, Silvina Schuchner, Guillermo Martínez y Diego Paszkowski.